

**JOSE T. MERINO**

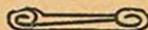
Vice-Almirante en retiro

# LA ARMADA NACIONAL

Y LA

# DICTADURA MILITAR

(Memorias del último Director General de la Armada)



SANTIAGO DE CHILE  
Dirección General de Prisiones  
TALLER IMPRENTA

1932

Es propiedad del autor.

Inscripción N.º 2628. Queda hecho el depósito que prescribe la Ley.

## EL DIRECTOR DE LA ARMADA

Domingo 18 - XI - 32

Ayer ha sido reincorporado a la Armada y nombrado Director General de ella el contraalmirante, don Olegario Reyes del Río.

Llega a la jefatura del servicio en momentos en que la Armada Nacional, terminada la reorganización a que fué sometida últimamente, ha recuperado completamente la confianza nacional y vuelve a ser, en el concepto público, la escuela de civismo y de honor militar que fué ejemplo de América.

Nadie más capacitado que él para asumir en estas circunstancias el mando de la institución. Educado en el amor a la profesión, en el respeto a la disciplina, supo defenderlos cuando una mano extraña introdujo en ella la política y empañó sus glorias con el favoritismo. Y por ello debió abandonar las filas que él honrara con su austeridad y su pundonor.

Vuelve a tener la Armada Nacional el tipo de jefe que la engrandeciera y la hiciera respetable en el pasado de Chile, ese noble y próspero pasado que se iluminó con la entereza, con el carácter, la disciplina y las virtudes de sus servidores.

## INTRODUCCION

En estas Memorias se establece la verdadera actuación que desempeñó la Armada Nacional durante los tiempos que precedieron a la Administración del General Ibáñez y en cuyo desarrollo la Marina fué un elemento de resistencia hasta caer vencida y subordinarse al elemento militar que minó su organización y disciplina.

Se han expuesto en forma concisa los acontecimientos más culminantes que deben apreciarse con el ambiente y el criterio de esa época y nó con el actual que aun no se normaliza ni equilibra.

La Armada Nacional es un servicio indispensable a la vida de una nación marítima como la nuestra y su existencia viene desde los primeros días de vida de la República y no es posible liquidarla por completo como lo desean algunas entidades políticas cuyas irresponsabilidades tan duramente hemos experimentados.

Todo el país está de acuerdo en la reorganización de sus servicios y con el cariño por ella, por haber dedicado toda una existencia a servirla hasta alcanzar su más alto rango en su escalafón, me permito indicar las siguientes resoluciones:

1.ª Modificar su actual organización, desgraciada copia de la del Ejército en el año 1927 y cuyos resultados se han apreciados con el derrumbe de su disciplina, espíritu de cuerpo y moral profesional.

2.ª La adopción de la antigua organización modernizada con su asiento en Valparaíso en contacto con los servicios a flote y alejada del ambiente político de Santiago, a fin de formar nuevamente profesionales sin vinculaciones ni compromisos con los partidos políticos y sus exigencias;

3.ª La organización del Ministerio de Defensa Nacional a cargo de un civil, hombre de Leyes y Códigos si es posible, que simbolice la garantía y estabilidad de los ciudadanos que sirven en las Instituciones Armadas y les permitan entregarse tranquilamente a sus tareas profesionales; y

4.ª Proceder con el mismo criterio gubernativo del pasado al entregar la Dirección General de la Armada al Jefe más antiguo del Escalafón, a fin de mantener el concepto de la jerarquía y terminar con la desgraciada política de injertar a retirados que amargados y llenos de pasiones se convierten en instrumentos de otros elementos semejantes y ejercen persecuciones y represalias sin escrúpulos y originan malestar y descontento que traerán la misma situación de un pasado aun muy próximo.

## CAPITULO PRIMERO

### Organización de la Armada Nacional desde la Revolución del año 1891 hasta el movimiento militar de Septiembre del año 1924

Por ser el último Almirante que desempeñó la Dirección General de la Armada antes de la modificación de su organización por el Gobierno Militar del General don Carlos Ibáñez, he creído oportuno contribuir a la historia de la Marina con la publicación de estas Memorias relacionadas con la serie de acontecimientos que precedieron a dicha Administración.

Su organización venía desde el triunfo de la Revolución del año 1891 que, como sabemos, apoyó al Congreso y partidos políticos contra el Gobierno del Presidente Balmaceda, bajo el mando del Capitán de Navío don Jorge Montt. Ese movimiento eliminó de sus filas a los gloriosos e ilustrados Almirantes y Jefes: Williams Rebolledo, Latorre, Vidal Gormaz, etc., que representaban su historia durante medio siglo, tanto en la guerra como en su desarrollo científico y profesional.

El año 1896 el Almirante Montt dejaba la Presidencia de la República y tomaba la Jefatura de la Armada y el Congreso le dictaba una organización copiada imperfectamente de la Marina Británica y que en su esencia más correspondía a la personalidad del Almirante a quien otorgaba amplias atribuciones: dependía moralmente del Ministerio correspondiente y con un mando que dejaba a la Armada como un Estado dentro del Estado mismo.

La Administración del Almirante Montt fué de 15 años y su labor fué amplia, fecunda y sabia: junto con dar preparación náutica al personal por viajes permanentes de la escuadrilla de instrucción en nuestras costas y de la «Baquedano» al extranjero, estableció un riguroso sistema de requisitos para los ascensos, donde primaban largas estancias en trabajos hidrográficos y servicios en la región de Magallanes, que por su ambiente, clima y dificultades hidrográficas, constituyen una gran escuela para la experiencia y preparación profesional.

Además aisló al personal de las actividades políticas y fueron sus más enérgicas sanciones para aquellos jefes que se mezclaban en esas orientaciones y formó así ciudadanos dedicados exclusivamente a sus tareas profesionales e ignorantes en las luchas políticas que caracterizaron la vida del país durante la dictadura parlamentaria que lo dominó desde el año 1891 hasta el movimiento militar de Septiembre del año 1924.

Al estallar este movimiento militar, era el infrascrito Jefe del Estado Mayor de la Armada y Director de la Academia Naval y poseía el grado de Capitán de Navío: fué una de las épocas de más labor de mi vida profesional por destinármeme a esta última repartición en lugar del Capitán de Navío de la Marina Inglesa, Sir. Archivaldo Tomlin, que cumplía su contrato después de hacer dos cursos de instrucción para jefes superiores y oficiales de Estado Mayor; y al sucederle, orienté y adapté sus conferencias e instrucciones a nuestro servicio, planes y futuras proyecciones. Junto con el período agitado de nuestras relaciones con el Perú en vísperas del desarrollo del Plebiscito sobre la soberanía de las Provincias de Tacna y Arica que exigió la confección de planes de operaciones combinadas con el Estado Mayor del Ejército.

Era Director General el Vicealmirante don Francisco Neff, que reunió el Consejo Naval y nos impuso oficialmente sobre lo ocurrido en Santiago y estableció que con él, se iniciaba un período de agitaciones desgraciadas para el país y de consecuencias imposible de preveer, desde que se quebrantaba el régimen constitucional y de garantías ciudadanas y se desataban las ambiciones de los grupos, partidos o instituciones que lucharían por apoderarse del poder con perjuicio para el crédito exterior, organización y futuro del país.

Fué la última vez que actuó como Jefe efectivo de la Marina: tomado por los acontecimientos se trasladó al día siguiente a Santiago e ingresó a la Junta de Gobierno que sucedió al Presidente Alessandri; y la aprobación en esos días de la nueva Ley de Retiro que fijaba en 40 años el límite de los servicios lo obligó a retirarse junto con la mayoría de nuestros Almirantes.

Entraremos a analizar el estado en que se encontraba la organización superior y personal de la Armada, su material y opiniones al estallar ese primer movimiento militar: La Dirección General, Direcciones de los Servicios y Consejo Naval, que constituyen la base de la organización directiva de la Marina no había experimentado desde el retiro del Almirante Montt, el año 1912, grandes modificaciones; mientras su modelo la organización inglesa por la guerra mundial y la evolución social de los pueblos se transformaba radicalmente. Recordaremos que al implantar una organización de una institución de un país monárquico en nuestro ambiente republicano criollo, se descansaba en el alto prestigio del hombre que después de conducir triunfante una revolución sangrienta de la alta oligarquía santiaguina y abandonar una Presidencia ecuaníme, conciliadora y patriota se había conquistado el aplauso y confianza de sus conciudadanos; y al alejarse este hombre de la directiva de esa organización tendría lógicamente que decaer o modificarse; y esto último desgraciadamente no se hizo; y al aproximarse la tormenta del movimiento revolucionario la encontraría quebrantada por los partidos antagónicos que se formaban al rededor de los Almirantes de alto prestigio con fines de lucro personal, con evidente daño para la disciplina y espíritu de cuerpo, al considerar que Secretarios Generales se aprovecharon de la confianza e influencia de su alto puesto para intrigar e eliminar a altos jefes a fin de abrirse camino para su propia carrera personal. Y estos síntomas de descomposición se fortalecieron con los procedimientos antidisciplinarios de los oficiales mayores, especialmente los ingenieros.

En tiempo del Almirante Montt y de los temores de guerra con la República Argentina, experimentamos un aumento rápido de nuestro material a flote y una deficiencia de oficiales para el servicio de máquinas que se completó con personal mercante contratado en su mayoría y de nacionalidad inglesa. Y nos llevó a la fundación de la Escuela de Ingenieros destinada a formar oficiales para dicho servicio en forma semejante al personal de guerra y se les dió la oportunidad de adquirir la práctica y experiencia necesarias sometiéndolos a ejercicios constantes y enviándolos a los astilleros y marinas extranjeras hasta conseguir ingenieros aptos para su desempeño profesional, pero en cuanto a su espíritu de cuerpo y moral disciplinaria no la asimilaron jamás y formaron un block antagónico al personal de guerra que abriría la brecha por donde se introdujo el germen antidisciplinario y subversivo que quebrantaría esta importante Institución que tantos sacrificios costó al país.

Lo que se trató de corregir inmediatamente que se inició la Administración militar con la adopción de la Escuela Naval Unica, que hará que todos los oficiales destinados a los distintos servicios a flote salgan de la misma fuente y evitará en el porvenir los odios, diferencias sociales y antagonismo, cuyos funestos resultados hemos palpado.

Estas fallas internas de la Armada no eran aún profundas ni tampoco habían germinado al extremo de afectar su estructura y durante el largo período de la gran lucha que las dos entidades políticas Alianza Liberal y Unión Nacional llevarían al país a la profunda desorganización administrativa y social, que originó más tarde la dictadura militar, la Marina siguió su desarrollo y programa dentro de un presupuesto reducido para sus ejercicios y conservación del material y con bajos sueldos para el personal y sin mezclarse en política.

Aceptó el movimiento militar de Septiembre como un hecho consumado y se adhirió por espíritu de cuerpo a la otra institución y con gran entusiasmo, y era lógico ese procedimiento por los grandes beneficios que le originaban las nuevas leyes de sueldo, ascenso y retiro, que la sacaban de la estagnación y le abrían camino al personal joven que vejetaba de 10 a 15 años en los grados intermediarios

del Escalafón. Y se recordará que un sentimiento de tranquilidad y adhesión reinaba en la opinión pública del país que miraba con simpatía esta evolución que terminaría con la anarquía parlamentaria, dada la baja calidad del último Congreso elegido por el Presidente Alessandri con la ayuda del Ejército:

## CAPITULO II

### Desde la Primera Junta de Gobierno presidida por el General Altamirano hasta el cuartelazo del 23 de Enero de 1925

Esta Junta de Gobierno formada por hombres serios y respetables, pero sin experiencia en la sutileza, intrigas y combinaciones de los elementos políticos, trabajó desde un principio en cumplir los postulados del manifiesto militar y volver al país a sus normas constitucionales y prometía el respeto de los derechos ciudadanos y amplias garantías de prescindencia electoral.

La clausura del Congreso por la Junta de Gobierno originó la formación espontánea de un organismo llamado Junta Militar, compuesto por unas 40 personas: jefes, oficiales de la guarnición de Santiago y 4 jefes de Marina designados por una asamblea reunida en el Club Naval de Valparaíso. Este organismo motivó constantes molestias a la Junta de Gobierno por su intromisión y papel fiscalizador que se asignó y por la serie de proyectos y reformas que continuamente presentaba al Gobierno y no debemos olvidar que cada uno de estos jóvenes militares se consideraban con aptitudes de estadistas que orientarían al país a una mejor organización.

Los Jefes de Marina que acudían a estas reuniones eran mirados con desconfianza y desempeñaron una actitud de espectadores en medio de las tumultuosas sesiones en que estos nuevos legisladores se consideraban capacitados para innovar toda la estructura de la administración pública y llevaron su intemperancia hasta producir una crisis ministerial, que se solucionó junto con la disolución de dicho organismo.

Al amparo de las garantías de prescindencia electoral prometida por la Junta de Gobierno, la Unión Nacional proclamó la candidatura presidencial de don Ladislao Errázuriz y como en el Ministerio dominaban los políticos de ese partido y no existía el control de la Junta Militar, de color ampliamente aliancista o radical, era evidente que iban a un triunfo seguro, burlando así las reformas constitucionales y sociales del manifiesto del 5 de Septiembre de la juventud militar.

La Alianza Liberal había quedado virtualmente deshecha el 5 de Septiembre y por la salida del país de su jefe el Presidente Alessandri, unido a la defeción de los demócratas, veía la aproximación de la lucha en condiciones de que irían al más completo desastre: no presentaron candidato y se entregaron a una sorda y tenaz propaganda entre la oficialidad joven dirigidos y amparados por los diarios de don Eliodoro Yáñez, cuya agresividad en esos días no correspondía a los antecedentes y escuela de este hábil y viejo político. Y todo culminó con el levantamiento de un grupo de capitanes y tenientes de la guarnición de Santiago que el 23 de Enero derrocaría al Gobierno, y quienes no representaban al Ejército ni la Armada. Se disimularon por hermosas proclamas los fundamentos de este motín, pero siempre persistió su finalidad antiunionista, unido a un peligro de lucha de clases que exigía el regreso del Presidente Alessandri y todo se presentaba bajo una finalidad apolítica.

Dos meses antes de estos acontecimientos había tomado el mando del acorazado «Latorre», buque insignia de la Escuadra mandada por el Contralmirante don Guillermo Soffia, uno de los pocos altos jefes de la Armada afiliado a un partido político y despertaba suspicacia en la oficialidad por ser conservador y por la orientación que tomaba la próxima elección presidencial.

Desde Diciembre se hablaba en la opinión pública de un golpe de estado que daría la oficialidad militar contra el Gobierno por haber defraudado los postulados

del Manifiesto de Septiembre; pero no se le dió importancia ni se tomaron precauciones para evitarlo. Durante ese período las actividades de la Marina y Escuadra eran normales sin intervención en esas actividades revolucionarias y considerando al país como en sus buenos tiempos, salvo en el puerto militar de Talcahuano que se comunicaban los oficiales mayores y descontentos de guerra con la oficialidad militar que haría el movimiento.

La nueva Ley de Retiro que limitaba a 40 años el servicio activo, eliminó a los Vicealmirantes Neff, Aguirre y Gómez Carreño y llevaba a la Dirección General al Vicealmirante don Salustio Valdés, que regresaba al país después de algunos años de ausencia por encontrarse en Londres como Jefe de la Comisión Naval y cuya desorientación en los servicios de la Armada y la evolución política y social del país se manifestarían muy pronto.

El día 23 de Enero me encontraba de guardia de Jefe de Bahía, como Comandante del «Latorre»; el Jefe de la Escuadra Almirante Soffia se encontraba en Santiago y tomaba el té con la Junta de Gobierno y Ministros cuando los revolucionarios asaltaron la Moneda, a quienes burló, dirigiéndose a la oficina radiotelegráfica que en esa época existía en su interior y puso un radiograma al «Latorre» comunicándole y dando instrucciones para prepararse para cualquier emergencia. Y evitando ser apresado esa misma noche se dirigió en automóvil a Valparaíso, tomando su puesto al día siguiente a primera hora.

Se alistaron los buques para zarpar, se acuartelaron las tripulaciones y esa misma noche se llamó a una reunión en la Dirección General a la oficialidad para oír al emisario del Comité Revolucionario que reemplazaba a la Junta derrocada, y que comunicaría a la Armada las finalidades del nuevo movimiento militar, el nombramiento de un Almirante que completase la nueva Junta de Gobierno mientras regresaba al país el señor Alessandri, que tomaría nuevamente la Presidencia y las orientaciones correspondientes a esta nueva administración. Además de los Jefes, oficiales de la Armada y del Intendente de la Provincia, que era el Contralmirante en retiro don Guillermo Soublette, asistieron los Comandantes de los Regimientos Maipo y Coraceros y jefes de la Policía. En esa reunión el Comandante Grez, del Coracero, asumió una actitud francamente definida de no aceptar el motín de Santiago y se ponía a las órdenes de la Armada junto con su regimiento. El Comandante Salcedo, del Maipo, no se pronunció y después se plegó al movimiento revolucionario; posteriormente el Comandante Grez se vió obligado a retirarse del Ejército y fué perseguido tenazmente por el gobierno militar de Ibáñez hasta terminar con sus facultades trastornadas y el segundo se retiró más tarde con el rango de General. En esa reunión la Armada no aceptó el procedimiento empleado por el Comité Revolucionario de apresar al General Altamirano y a los Almirantes Neff y Gómez Carreño y tampoco el regreso del Presidente Alessandri al país; pero no se tomó ninguna resolución definida y el Almirante Valdés que la presidía, como Director General de la Armada, no dió orientaciones ni resoluciones de ningún carácter. A insinuación del Comandante Grez se hizo cargo de la Prefectura de Policía el Capitán de Navío Don Emiliano Costa Pellé a fin de evitar desórdenes y vigilar esa repartición que era partidaria del movimiento revolucionario, y se declaró la actitud apolítica de la Armada, sin vinculaciones con la candidatura unionista del señor Ladislao Errazuriz, y se acordó lanzar un manifiesto al país.

En ese manifiesto se protestaba del movimiento o golpe de estado que se llamó «cuartelazo»; de la prisión de los Almirantes; que se debía abandonar la idea de traer al gobierno del país al ex-Presidente Alessandri y a sus partidarios, por considerar ese procedimiento indigno de los móviles que originaron el movimiento de Septiembre y además inconsecuente y peligroso y, por último, establecía claramente que con esta actitud defendía el principio de la civilidad que debía primar en la dirección del país. A este llamado, salvo don Agustín Edwards, que se ofreció como mediador entre ambas instituciones, nadie acudió y el elemento civil del país consideraba la situación como una querrela por ambiciones entre el Ejército y la Marina y se quedaron como espectadores en espera de que se destruyeran y recoger en seguida los

despojos. Y sin duda una intervención en esa época habría evitado la dictadura militar y la ruina posterior del país. Salvo también una demostración de pillaje efectuada por las turbas de Santiago que con vivas a la Alianza Liberal asaltaron al Club de la Unión y trataron de incendiarlo, no hubo otro rasgo de parte de los civiles que significase un signo de virilidad o de apoyo para la situación creada. La Armada se encontró sola y aislada con una platónica adhesión de las guarniciones militares del Norte que después la desmintieron y para complemento el Apostadero Naval de Talcahuano fué asaltado por los obreros de la Maestranza y Diques y civiles de esta localidad, capitaneados por algunos oficiales mayores de la Armada en traje civil que estaban implicados en el motín de Santiago y obligaron al Jefe interino del Apostadero, Contralmirante don Ismael Huerta, que impidiese la salida al Norte de los submarinos y buques de guerra que fuesen a reforzar la Escuadra que no aceptaba el movimiento revolucionario. El desorden y el asalto al Apostadero habría tomado mayores proporciones sin la actitud resuelta y enérgica del Comandante del crucero «Blanco Encalada», Capitán de Navío don Manuel Montalva, que no permitió que las turbas invadiesen su buque que estaba atracado al Malecón, y obligó con la amenaza de las armas que despejasen el recinto militar del puerto.

Aceptada por el Consejo Naval y el Comité Militar Revolucionario la mediación de don Agustín Edwards, antiguo político y Ministro de Chile en Gran Bretaña por largos años, a fin de que con su alto prestigio y alejamiento de las luchas activas de los partidos políticos durante los últimos tiempos, solucionase el impase creado entre ambas instituciones armadas, éste se trasladó a la Moneda y después de varios días de conferencia con los revolucionarios, que eran asesorados por don Eliodoro Yáñez, se llegó al acuerdo de formar una Junta de Gobierno presidida por un civil, don Emilio Bello Codecido, el General Dartnell y el Contralmirante don Carlos Ward, dejar en libertad los presos políticos, no tomar represalias ni persecuciones contra nadie y llamar nuevamente a la Presidencia al señor Arturo Alessandri. Con este acuerdo se defraudaron las exigencias de la Armada y lo originaron la situación política creada con la eliminación de la candidatura de don Ladislao Errázuriz y la entrada de las aspiraciones presidenciales del señor Yáñez que eran resistidas por los políticos aliancistas, dueños ahora del campo, incluso por el mismo mediador señor Edwards, amigo personal del Presidente Alessandri y también posible aspirante a la Presidencia de la República. A esto se juntó que el Director General de la Armada, Almirante Valdés, Jefe de las fuerzas armadas y espirituales que representaban la opinión antagónica al golpe de estado, se trasladó también a Santiago sin motivo justificado, restándole así seriedad, valor y resistencia a la actitud de la Armada a su manifiesto y aspiraciones y desde ese momento los militares vieron su partida ganada y que los marinos claudicaban y se sometían.

Este arreglo produjo la más profunda extrañeza en la opinión pública y fué una verdadera traición y una derrota material y moral para las aspiraciones de la Armada. No se comprendía como el señor Edwards y el Almirante Ward, representante de la Marina, pudieron subscribirlo, siendo que sus bases eran contradictorias con las declaraciones que la Armada hiciera en su hermoso Manifiesto del 25 de Enero. Fué una curiosa transacción en que una de las partes lo ganó todo y la otra lo perdió todo, incluso un jirón de su histórico prestigio. Y con ese arreglo no se arregló nada, empeoró la situación futura y le dió el carácter de tiempo y habilidad para futuras convulsiones militares y la Marina por el bien del país no debió aceptarlo; y al hacerlo labró su ruina en el porvenir: en ese primer choque con el elemento militar salió agrietada y el elemento que dentro de su misma estructura corroía sus cimientos, se vió más poderoso y amparado cuando la prensa de todo el país publicó en esos días las siguientes líneas: «El señor Ibáñez después de saludar a todos los miembros de la nueva Junta de Gobierno, dirigiéndose al Almirante Ward le manifestó que uno de los más ardientes anhelos del Ejército era que se considerara por la Junta, el mejoramiento de la situación de los Ingenieros de la Armada».

El Almirante Ward lo impuso de la existencia de una comisión presidida por un Contralmirante que desde el primer movimiento revolucionario de Septiembre, fué nombrada por la Superioridad Naval para estudiar la situación de los Oficiales Mayores en general y sus aspiraciones.

La opinión pública creía en esos días que al asignarse el Coronel Ibáñez el papel de campeón del mejoramiento de los ingenieros de la Armada, deseaba burdamente, sembrar la cizaña entre ese personal y los demás oficiales y hacer aparecer a éstos como en oposición con ese propósito; pero a la realidad de lo anterior debe unirse que la verdadera finalidad era conquistarse o robustecer la adhesión de los ingenieros de la Armada para sus fines posteriores y lo consiguió ampliamente: en los desarrollos de la serie de acontecimientos políticos posteriores en que la Armada por su Consejo Naval trató de detenerlo en sus fines ambiciosos, que todos conocemos, siempre fracasaron por la falta de cooperación de ese personal, y algunos de guerra descontentos que se convirtieron, salvo honrosas excepciones, en verdaderas antenas del militarismo dentro de las actividades y vida diaria de la Marina hasta que llegó el día en que dieron el golpe definitivo para eliminarla como elemento de resistencia.

Mientras en Santiago se desarrollaban los acontecimientos ya descritos, en Valparaíso se alistaba la Escuadra para dirigirse al Norte junto con el regimiento Coraceros, que embarcado en Quintero en uno de los trasportes, se uniría a la tropa de las guarniciones del Norte que en esos primeros días se manifestaron contra el movimiento militar. Se formó un plan de operaciones que bloqueaba Valparaíso y San Antonio y se desviaba la corriente comercial y se esperaba que la opinión pública se manifestase con alguno de los rasgos del pueblo chileno, que se mantuvo tan adormecido en los últimos años y sólo se agitaba cuando se le predicaba la lucha de clases.

El arreglo con el elemento militar llevó nuevamente a la Armada a su vida normal y a sus actividades profesionales: tomó el Ministerio de Marina el Contralmirante don Braulio Bahamondes, y la Dirección General siempre el Almirante Valdés hasta Marzo, en que se retiraría por cuarenta años de servicio cumplido y lo reemplazaría el Almirante don Luis Langlois. Durante este período del Gobierno de la Junta del señor Bello Codecido hasta el regreso del Presidente Alessandri, se desarrollaron algunas agitaciones sociales y militares como una huelga general en Valparaíso por la habitación insalubre, el levantamiento del regimiento Valdivia, seguida por la deportación de algunos políticos y una supuesta conspiración de los oficiales del «Latorre», de mi mando, que eran infundadas y sin base.

Un grupo de oficiales de la Escuela de Artillería que fueron en comisión a Santiago trajeron la noticia de que estuvieron alojados en la Aviación Militar y que se generaba un movimiento militar contra el Ministro de Guerra Coronel Ibáñez y se solicitaba el concurso de la Marina; uno de estos oficiales llegó a mi casa-habitación a altas horas de la noche y me comunicó lo anterior junto con algunos otros detalles y que el Jefe de la Escuadra lo enviaba para consultar mi opinión; que fué francamente contraria a estas actividades y como ese oficial no estaba bajo mis órdenes le aconsejé que desistiese de sus propósitos y que obrase como le indicase su criterio y compromisos. Se fué a Santiago y se comunicó con dos altos jefes del Ejército que eran ajenos a estas actividades y uno de ellos, después de oírlo, lo denunció al Jefe de la Junta de Gobierno señor Bello Codesido, que en Consejo de Gabinete dió cuenta de estas actividades; lo que fué una gran sorpresa para los dos Almirantes que formaban parte del Gobierno y como se denunciaba que esta conspiración salía del «Latorre», el Almirante Ward, miembro de la Junta de Gobierno, vino a Valparaíso y estudiado este asunto en el Consejo Naval, al que fué llamado junto con el Jefe de la Escuadra, se me comisionó para que fuera a Santiago, llevando una protesta firmada por la oficialidad del «Latorre» por habersele tomado su nombre para presentarla al Consejo de Gabinete presidido por la Junta de Gobierno y los informase sobre el alcance de estas actividades que eran infundadas y sin valor; lo que se hizo en un largo Consejo de Gabinete al que asistió también el Director General, Almirante Valdés, y el infrascrito hizo una exposición de lo ocurrido, que no tenía vinculaciones con la Armada, desde

que no le interesaba un problema de carácter netamente militar como era la estabilidad del Ministro de Guerra.

El 6 de Marzo de 1925, el Contralmirante don Guillermo Soffia, hizo entrega del mando de la Escuadra al de igual grado don Arturo Swett; al Almirante Soffia le correspondió una actuación destacada durante este primer período del movimiento militar revolucionario que agitaría al país por algunos años con el resultado que todos conocemos. Al estallar el movimiento del 5 de Septiembre se encontraba con su Escuadra en el puerto militar de Talcahuano y como pertenecía al partido unionista, el Presidente Alessandri trató de relevarlo por el del mismo grado don Arturo Acevedo, jefe del Apostadero de Talcahuano, amigo personal del Presidente y miembro activo de la Alianza Liberal, radical avanzado. Lo que no se efectuó por oposición de la Dirección General y la caída del Presidente y se le obligó a retirarse del servicio por una presentación de la Oficialidad de la Escuadra al Gobierno por su actitud indefinida e inequívoca durante el desarrollo de esos acontecimientos.

Esta presentación colectiva de Jefes y Oficiales de la Armada contra un Oficial General presentada a la Junta de Gobierno, presidida por el General Altamirano, fué la primera manifestación indisciplinaria de la Armada motivada por una situación política y que la llevaría de escalón en escalón hasta su derrumbe definitivo por el levantamiento de las tripulaciones en Septiembre del año 31.

Para el «cuartelazo» del 23 de Enero el Almirante Soffia aun tenía el mando de la Escuadra y por su color político de los partidos que apoyaban la candidatura de don Ladislao Errázuriz, trató de tomar algunas resoluciones frente al movimiento militar; pero fué neutralizado por la oficialidad joven que era apolítica y este digno jefe se resignó a esta situación con un sentimiento patriótico, espíritu de cuerpo y amor profesional que en esa época no fué comprendido.

Mas tarde, el Presidente Alessandri, que al tomar nuevamente la presidencia predicaba el manto del olvido sobre el pasado y recomendaba armonía y unión, ordenaba, respectivamente, a los Ministros de Guerra y Marina, que eliminase a este Almirante y al General Blanche del servicio activo por su amistad con el Arzobispo de Santiago y su filiación conservadora: el primero se opuso enérgicamente y este jefe tuvo una actitud destacada durante la dictadura militar como Ministro de Guerra: conservó la disciplina, evitó los abusos de la oficialidad joven y los mantuvo entregados a sus faenas profesionales y en cuanto al Ministro de Marina dictó el retiro del Almirante Soffia que era el más antiguo de los de su grado.

### CAPITULO III

#### **La Armada Nacional durante la segunda Administración del Presidente Alessandri y la elección de don Emiliano Figueroa**

La segunda Administración del Presidente Alessandri se caracterizó por una intensa efervescencia social originada por la propaganda comunista efectuada sin freno y amparada por los elementos que sostenía esa administración, lo que obligó a mantener a los buques de la Escuadra distribuidos en los puertos del Norte, quedando el «O'Higgins» permanentemente en Arica donde se desarrollaban las actividades plebiscitarias y el «Latorre» en Valparaíso, donde pasó la mayor parte del invierno con las intranquilidades consiguientes por la poca seguridad de la bahía en esa época del año y las perspectivas de desórdenes populares que exigían un servicio de vigilancia especial y los cuales estallaron en Iquique y la pampa salitrera con los sucesos de la Oficina «Galicia», que costaron pérdidas de vidas y daños materiales. Durante ese período se mantuvo abordo del «Latorre» un servicio especial de vigilancia secreta servido por el personal de investigaciones de tierra, a fin de controlar las actividades en ese sentido de la tripulación, suboficiales y clases por tratarse de este gran buque de

tan difícil vigilancia por su distribución, con más de mil hombres, en donde era fácil que prendiese la prédica subversiva.

Además, la situación interna de la oficialidad de la Armada no era tranquila: poco antes de la llegada del Presidente Alessandri, la Junta de Gobierno había dispuesto algunas deportaciones, incluso el candidato fracasado de la Unión Nacional señor Ladislao Errázuriz, y la clausura del diario del mismo partido político *La Unión*, de Valparaíso, y el Director General de la Armada interino, Almirante Langlois, en ausencia del titular, Almirante Valdés, que se encontraba en Santiago, intervino personalmente en esta operación llevado por un espíritu de curiosidad, por ser un piquete del regimiento Maipo el encargado de hacerlo, siendo duramente criticado por el resto de la prensa local, con la repercusión correspondiente en el personal de abordaje; y al saberse que habían renunciado a la Comandancia General de Armas aumentó el desconcento, que veían en estos procedimientos manifestaciones de debilidad y desorientación de los altos servicios directivos de la Institución; ese partido político y otras presiones influyeron para que este jefe no tomase la Dirección General de la Armada, que le correspondía por su antigüedad y se llamase al Almirante Schroeder, que estaba en Europa, como Jefe de la Comisión Naval en Londres y a aquél se le comisionó para que, juntos con el Inspector General del Ejército, se trasladasen a Montevideo a saludar al Presidente Alessandri que regresaba al país. A su regreso se le envió a la Liga de las Naciones y posteriormente se retiró del servicio y se perdió uno de los jefes más preparados que se revelaron en los últimos años de la antigua Marina; a una vasta preparación profesional unía cualidades de armonía e interés para el personal que no le fueron comprendidas y un gran espíritu de trabajo y dotes de organizador que han quedado en los servicios de Artillería, Submarinos y Aviación.

El 6 de <sup>abril</sup> ~~Marzo~~, el Presidente Alessandri con su Ministerio, revistó la Escuadra surta en Valparaíso, donde se hizo una concentración de los buques en servicio activo, incluso los submarinos que vinieron de Talcahuano. Dada la situación tirante y antagónica que existía entre la oficialidad de Marina y el grupo militar del movimiento del 23 de Enero que habían apresado a los Almirantes Neff y Gómez Carreño, hice presente a la superioridad que no era conveniente que viniesen a bordo del «Latorre», como eran sus deseos y se les embarcó durante la revista en una escampavía que los paseó por la bahía y después los condujo a tierra; lo que refleja el antagonismo que existía entre ambas instituciones.

A mediados de Mayo tomó la Dirección General de la Armada el Vicealmirante don Juan Schroeder, que dijimos se encontraba en Londres como Jefe de la Comisión Naval; su nombramiento contaba con la simpatía de todo el personal, era el más antiguo de los Almirantes y era un jefe enérgico de alta preparación profesional, junto con grandes cualidades de organizador y conocimiento de los servicios, a pesar de sus relativos pocos años de mar.

En condiciones desfavorables tomaba el alto cargo dicho jefe por el decaimiento paulatino de la disciplina de la Armada y que debían atribuirse a las causas siguientes: El género de vida del personal de todas las marinas de guerra de todos los países, tanto oficiales como marinerías, alejados desde temprana edad del hogar con sus orientaciones, y de las actividades terrestres, lo mantiene en una absoluta ignorancia de la lucha por la vida, sus pasiones, sus intrigas; viven entregados completamente a su profesión; sus viajes y sus constantes cambios de residencia no le permiten comprender la vida civil; sus sueldos pagados oportunamente para atender sus compromisos y obligaciones no les despiertan el sentimiento de ambicionar dinero o entregarse a actividades comerciales; de modo que es fácil presa de cualquiera propaganda sin vislumbrar su verdadera finalidad. Así, que el estado del país en esa época en que se sucedían los gobiernos como un cinematógrafo, anarquizando las instituciones públicas y privadas, sin cohesión en los partidos políticos ni en los civiles y con un elemento militar compacto y organizado que lentamente y con el desarrollo de un plan metódico se apoderaría de la dirección del país, era natural que todo esto se reflejase en la Armada con fines desquiciadores por ser las únicas fuerzas sanas y vivas que contrastaban esas ambiciones.

En la tarde del día que el Presidente Alessandri revistó la Escuadra, previa autorización del Ministro, presidí un grupo de jefes y oficiales que fueron a saludarlo y para apaciguarle el resentimiento que sentía contra la Marina por su opinión de oposición a su regreso al país y aproveché la oportunidad para hacerle una larga exposición sobre la actuación de la Armada desde el movimiento de Septiembre hasta ese día; de su carencia de ambiciones, del interés patriótico que la dominaba, de los anhelos de tranquilidad y trabajo para mantener sus ideales puros y sanos y que se evitase que la perturbase las ambiciones militares. El Presidente estuvo conforme y aplaudió nuestro sentir y prometió para el futuro ampararla ampliamente; promesas que sólo cumplieron en parte, cuando más tarde se le pidió sanciones para un grupo de jefes y oficiales que hicieron un movimiento indisciplinario en Talcahuano y sólo pudo decretarla a medias después de una verdadera lucha con el elemento militar que amparó estos desgraciados acontecimientos.

El Almirante Schroeder inició su actuación de Director General con ese gran espíritu de trabajo que siempre lo distinguió y empezó por modificar la organización superior del servicio y del Consejo Naval, que de un cuerpo consultivo que era desde la época del Almirante Montt, lo hizo en parte resolutivo, pasando a compartir sus responsabilidades con el Director General. Este cuerpo había asesorado al Director de la Armada durante 25 años, sus resoluciones, aunque consultivas, eran siempre aceptadas y lo animó un gran espíritu profesional unido a un profundo sentimiento de justicia y equidad. Y desde la intromisión del elemento militar en la Administración Pública del país, muchas declaraciones y actividades de jefes y oficiales navales fueron desautorizadas y castigadas por el Consejo, de modo que fué tomando un carácter político para la opinión de los militares y la primera medida de la dictadura militar fué su supresión cuando modificó los servicios superiores de la Armada.

A pesar de haber servido solamente en la Escuela Naval, 20 años antes a las órdenes del Almirante Schroeder como Sub-Director y el infrascripto como oficial y profesor del establecimiento, me ligaba una antigua amistad y lo apreciaba y estimaba altamente por ser un jefe progresista, humano y enemigo de la rutina y anticuadas ceremonias de nuestro servicio que perturbaban su desarrollo; y en todos los puestos que ocupaba la impresión de su espíritu innovador y práctico se destacaba.

Al tomar la Dirección General en vista de su ausencia del país durante los últimos tiempos, le escribí informándolo del ambiente que reinaba en la Marina, especialmente de la influencia militar que minaba lentamente su estructura por la propaganda del elemento joven militar que estimulaba las ambiciones de nuestra oficialidad, especialmente a los oficiales mayores que aspiraban rango y consideraciones semejantes a la rama de guerra. A esto se unía que la Armada se desquiciaba cada vez más por la lucha de círculos que formaban ciertos oficiales alrededor de los altos jefes con la serie de intrigas, ambiciones y chismografía que envenenaban el espíritu de cuerpo y mantenían antagonismos y divergencias de que se aprovechaban algunos audaces para abrirse camino en el Escalafón, eliminando personal de todas categorías hasta Almirantes.

En los primeros tiempos de la nueva Dirección todo marchó bien hasta que paulatinamente se designaron para algunos puestos de importancia y responsabilidad a jefes que pertenecían desde antiguo al círculo personal del Almirante y que no eran los más capaces por su prestigio personal y profesional, lo que culminó con el nombramiento de Jefe del Apostadero de Talcahuano de un jefe de dudosa reputación personal, a pesar de ser un espléndido hombre de mar. Esto contribuyó para formarse en Talcahuano un complot subversivo destinado a sacar al Ministro de Marina y Director General de acuerdo con el elemento militar de Santiago, incluso el Ministro de Guerra Coronel Ibáñez.

Este movimiento se generó en los buques a medio desarme, Escuela de Torpedos y Base de Submarinos de dicho Apostadero y fué comunicado al buque de instrucción crucero «Blanco Encalada», que regresaba de su viaje de Magallanes con

el Curso de Guardias Marinas y llegó a Valparaíso con la flotilla de submarinos que tomarían parte en los trabajos de la Escuadra.

El Jefe de la Escuadra Almirante Swett reunió abordo del «Latorre» a los Comandantes y Oficiales de todos los buques surtos en Valparaíso y les comunicó las noticias recibidas por la Superioridad de este levantamiento subversivo. Uno de los Comandantes de submarinos que talvez no se orientó bien de la situación del momento, hizo una larga exposición escrita que comprobaban los denuncios recibidos y que en síntesis establecía: las aspiraciones de la juventud naval, de tener más atribuciones y libertades; dar a los jefes del rango de Capitanes de Fragata y Corbeta situaciones semejantes a los militares del mismo rango que gozaban de grandes consideraciones y atribuciones profesionales y pecuniarias. Llevar un jefe del rango de Capitán de Navío al Ministerio; designar al Almirante Swett como Director General de la Armada y al infrascrito actual Comandante del «Latorre», como Jefe de la Escuadra. Tomé la palabra y condené enérgicamente el movimiento y junto con declinar el honor de ser Jefe de Escuadra en esas condiciones, pedí un pronunciamiento definido del personal del «Latorre», buque de mi mando, sobre su adhesión a él; siendo por aclamación enérgicamente rechazado por la oficialidad de toda la Escuadra y quedó localizado al personal de Talcahuano, ocioso y con escasas actividades profesionales que le permitía un contacto constante con los militares de Concepción y Santiago.

Esa misma noche el Director General me comisionó para que en calidad de Fiscal me trasladase a Talcahuano a efectuar un sumario sobre estos acontecimientos y con amplias atribuciones para proceder contra la situación de los jefes [que resultasen comprometidos y recibí instrucciones verbales sobre el mismo asunto del Ministro de Marina que se encontraba en Valparaíso.

Mi llegada a Talcahuano fué sin previo aviso e informado el Jefe del Apostadero de mi comisión, se llamó a los Comandantes Luis Escobar Molina, Luis Concha, Luis Caballero y Luis Lavín, sindicados como Directores del movimiento, a prestar declaraciones. El Comandante Escobar Molina declaró enfáticamente sus actividades destinadas a remover de la Superioridad Naval al Ministro de Marina, al Director General de la Armada, al Jefe del Apostadero de Talcahuano y al Capitán de Navío Don Olegario Reyes del Río, Comandante del «O'Higgins», que se habían adueñado de la Marina, haciendo una política personal de intrigas y chismografías destinadas a darle buenos puestos a sus amigos personales y soplones y desquiciaban el servicio y disciplina de la Institución. Esta declaración insolente y subversiva demostraba que se sentía amparado por una poderosa influencia que neutralizaría las sanciones que le aplicarían sus superiores y naturalmente después de este desborde no lo ampararon sus amigos en la forma amplia que esperaba y por el momento fué sacrificado y entregado a su propia suerte. Los demás comprometidos no negaron los cargos que se les hacía y los suspendí a todos de sus puestos: al Comandante Escobar, del mando del «Esmeralda»; al Comandante Concha, de la Dirección de la Escuela de Torpedos; al Capitán Caballero, del mando del «Angamos» y al Capitán Lavín, de la Comandancia de la Artillería de Costa y los envié en calidad de presos a la Escuela de Ingenieros hasta que el Gobierno ordenó su traslado a Santiago y más tarde el Consejo Naval pidió su separación del servicio. Se comprobó posteriormente que este movimiento era dirigido por el Ministro de Guerra Coronel Ibañez y el Coronel Grove que lentamente minaban la disciplina de la Armada en sus fines ambiciosos de apoderarse del Gobierno de la República y cuando subió a la Presidencia consideró con el Ministro Frodden este acto subversivo como manifestaciones de carácter político y reincorporó al servicio a todos los comprometidos y los llenó de recompensas, ascensos y buenos puestos. Algunos eran Comandantes de destructores en el levantamiento de la marinería del año 31 y demostraron tener más aptitudes para conspiradores que para hombres de acción.

Después de estos acontecimientos y sus enérgicas sanciones la Armada siguió su marcha normal: la Escuadra y buque sueltos armados, entregados a sus ejercicios

y prácticas profesionales; en los Apostaderos cuyo personal estable y con mayor tiempo desocupado recibían constantemente las promesas y propaganda del elemento militar invitándolos a sacudir el atarbilario yugo de la superioridad naval y que cooperasen en su política de evolución hacia las instituciones armadas y el país.

En Septiembre, el Príncipe de Gales visitó al «Latorre» y asistió a bordo a un almuerzo que le ofrecía el Gobierno por medio de la Armada Nacional, con asistencia del Presidente de la República, Ministerio, altos funcionarios de la Administración Pública, Cuerpo Diplomático, Generales y Almirantes; el Ministro de Guerra Coronel Ibáñez se excusó y según noticias privada había manifestado que no iría a bordo de un buque de guerra hasta que la Marina poseyese una jefatura moderna y de acuerdo con la mentalidad militar.

Entre los asistentes a esta manifestación que representaban el personal directivo de la nación, se notaba un sentimiento de angustia e inquietud: El Presidente Alessandri había cumplido en parte las promesas efectuadas al aceptar el regreso al país y tomar nuevamente la Presidencia después del Movimiento del 23 de Enero: se había elegido un nuevo Congreso, había confeccionado una nueva Constitución y sometida a la aprobación de un plebiscito y a separar la iglesia del Estado: con ésto se destruían los principios sectarios en cuya defensa se desarrollaron las luchas políticas y los ideales de los ciudadanos cerca de 100 años; despojaba de sus grandes atribuciones al Parlamento y robustecía al Ejecutivo de acuerdo con las tesis modernas del gobierno de las naciones. Sería injusto no reconocer al Presidente Alessandri los grandes servicios que prestó en esa época al país con su poderosa inteligencia y su vasto sentido político; pero ahora terminaba su utilidad para el desarrollo del programa del elemento militar; y como bajo la sombra de su popularidad y experiencia de estadista se habían realizado en parte los postulados del manifiesto de Septiembre, en adelante se convertía en un estorbo para los fines futuros y aprovechándose de una crisis ministerial en donde el Ministro de Guerra Coronel Ibáñez negó presentar su renuncia, se vió obligado por segunda vez a dejar la Presidencia, presionado por el elemento militar y llamar en su lugar a don Luis Barros Borgoño en el carácter de Vice-Presidente.

Poco antes del desarrollo de estos acontecimientos, el Presidente Alessandri, cuyo resentimiento para la Armada nunca se apagó, dió acogida a las insinuaciones del elemento militar para traer al país un grupo de oficiales de la Marina Inglesa que, en el carácter de Misión Naval, tomasen la Dirección Superior de la Armada y eliminasen su jefatura; y se aprovechó de la presencia del Príncipe de Gales para solicitarlo como una deferencia o un servicio que se le pedía en homenaje de la antigua amistad de Chile con Gran Bretaña. No era posible que al Presidente Alessandri con su alta inteligencia se le escapase lo insidioso de esta demanda por el conducto que la recibía y que nadie ignoraba que la sugerían los Jefes de Marina retirados por los acontecimientos de Talcahuano. Se llegó a la conclusión que estos oficiales ingleses ingresasen como contratados a nuestro servicio en el carácter de simples asesores técnicos de sus respectivas especialidades, tal como antes otros habían actuado entre nosotros y los 6 que vinieron especialistas en Estado Mayor, Artillería, Torpedos, Submarinos, Comunicaciones y Aviación, ganaron un sueldo mensual medio de 160 libras esterlinas y se debía pagar también al Gobierno inglés sus cuotas de retiro, contribuciones y otras gabelas. En sus aspiraciones de instrucción y modernización de sus conocimientos y sistemas, la oficialidad acogió con simpatías a estos asesores; a pesar de no poseer el idioma y ser oficiales de rango subalterno en el servicio inglés, tenientes y capitanes de corbeta y fragata con conocimientos de su desempeño profesional a flote y de un corto curso de Estado Mayor; pero sin experiencia de la alta administración naval que era la finalidad al traerlos, siempre fué de opinión que esta misión fué útil para nuestro servicio por una vez y que después al renovarla debió limitarse a un Jefe del rango de Contralmirante especialista en Estado Mayor.

Con el retiro del Presidente Alessandri y término de su período presidencial, se

llamó al país a elecciones, siendo elegido el candidato de los partidos políticos unidos el señor don Emiliano Figueroa y su adversario y candidato comunista, apoyado platónicamente por los militares, el Cirujano de Ejército don José Santos Salas, que fué derrotado.

A mediado de Noviembre visitó el «Latorre» y revistó oficialmente a la Escuadra el Vice-Presidente don Luis Barros Borgoño, que se le hizo los honores correspondiente a su alto rango y junto con su Ministerio asistió a un almuerzo abordo, del que era Ministro del Interior el General don Manuel Velis; el Ministro de Guerra Coronel Ibáñez se excusó. Asistió también el Presidente electo don Emiliano Figueroa; y fué una hermosa fiesta de armonía y alegría y por los discursos y charla se notaba el ambiente de tranquilidad y confianza que era el reflejo del país que creía su marcha asegurada con la personalidad política y social del señor Figueroa que luego tomaría la Presidencia y haría un Gobierno sin las enconadas luchas de los partidos políticos que estaban unidos y se entraría a una etapa de mejores días: desgraciadamente el porvenir fué muy distinto y le reservaba a la querida institución crueles días y un amargo desenlace.

El 23 de Diciembre se envió a Santiago el Batallón de desembarco de la Escuadra y fuerzas navales y Artillería de Costa a la trasmisión del mando presidencial y a esta fiesta oficial que se caracterizó por la gran simpatía de la opinión pública para la marinería, no asistió tropa del Ejército, bajo el pretexto de evitar desborde o manifestaciones hostiles de público y en realidad fué una muda protesta por la ascensión al poder del señor Figueroa y declararlo ante el país como el Presidente de la Armada Nacional.

Cada uno de estos detalles eran los jalones que con toda habilidad y perseverancia colocaba el militarismo en sus fines de preparar el terreno para sus objetivos posteriores y que años después en el extranjero comentaba personalmente con algunos militares y civiles que actuaron en esos días y ahora eran enemigos del mismo Gobierno en cuya preparación tomaron parte muy activa.

## CAPITULO IV

### Presidencia de don Emiliano Figueroa hasta la Dictadura Militar

Junto con subir a la Presidencia don Emiliano Figueroa tomó la cartera de Marina el Contralmirante don Arturo Swett y lo acompañó hasta los acontecimientos de Febrero del año 1927 que se inició el régimen militar. El Almirante Bahamondes que ocupaba el Ministerio de Marina, tomó el mando de la Escuadra para hacer sus requisitos de ascenso e izó su insignia en el crucero «O'Higgins» y se trasladó con los destructores a Ancud a la fiesta del centenario de la incorporación de Chiloé a la República. El «Latorre» se quedó en Valparaíso y en Febrero se dirigió a Papudo y Quintero para la organización del nuevo contingente de conscriptos y prepararlos para la próxima campaña del Norte.

En los primeros días de Mayo zarpé con la Escuadra a la bahía de Tongoy y como cumplía con los dos años de mando que exigía el Reglamento de requisitos para ascenso, entregué en dicho puerto el mando del «Latorre» al Capitán de Navío don Manuel Montalva.

Siempre he recordado con un sentimiento de nostalgia y agradecimiento la ceremonia de la entrega de mi último mando de mi carrera naval y mi último acto como jefe embarcado: parecía que el destino al disponer mi desembarco en dicho puerto donde efectué durante seis años una gran labor en la preparación de personal de artilleros, cursos de Guardias Marinas y Tenientes por la Escuela de Artillería cuyo mando ejercía, deseaba que esas mismas aguas, testigo de tantos sacrificios y preocupaciones, por la vetustez del material de que disponía y de una labor tenaz y discreta fuesen el escenario del grandioso homenaje de despedida que me tributaban los buques de la

Escuadra con sus tripulaciones en las batayolas y arboladuras, lanzándome los hurras del adiós al cruzar por entre ellos en la embarcación que esa tarde tranquila de Otoño me conducía a Coquimbo, en donde al día siguiente tomaría el vapor que me llevaría a Valparaíso y donde me esperaba el puesto de Jefe del Estado Mayor con que el Gobierno me honraba y mis despachos de Contralmirante de la Armada, después de 6 años en el grado de Capitán de Navío y 16 años de desempeño de Comandante.

Llegaba a ese grado, término virtual de la carrera naval a los 48 años de edad, lleno de entusiasmo y con una sólida preparación profesional resultado de mis puestos en la vida náutica y de mi interés por el estudio; como Teniente 2.º fui profesor de guardias marinas en la Escuela de Artillería y Torpedos; como Teniente 1.º instructor de guardias marinas en viaje de instrucción del «Baquedano» al extranjero; y en trabajos hidrográficos en Magallanes; como Capitán de Corbeta, Profesor de la Escuela Naval; como Capitán de Fragata, Director de la Escuela de Artillería; como Capitán de Navío, Director de la Academia Naval y Jefe del Estado Mayor, había mandado varios buques, incluso el «Baquedano» y el «Latorre». Y en todas las actividades profesionales de la Armada durante los últimos años, había actuado sin abanderizarme a ningún círculo, menos en aquellas decorativas de viajes al extranjero o delegaciones diplomáticas que nunca me atraieron ni me entusiasmaron y que estaban destinadas a los que militaban en los clanes que dividían la Armada, con grave perjuicio para su espíritu de cuerpo y disciplina y que aprovechaban las influencias de los altos jefes a cuya sombra se cobijaban para surgir y conseguir buenas comisiones y prebendas.

Al hacerme, en Mayo del año 1926, cargo del Estado Mayor de la Armada y en posición del grado de Contralmirante, mi ánimo era francamente optimista: el Gobierno del país estaba en mano del civilismo con don Emiliano Figueroa de Presidente y un Parlamento elegido por votación popular; el militarismo con sus actividades y ambiciones parecía apagado, a pesar de que el Coronel Ibáñez conservaba la cartera de Guerra; daba la impresión de que la República se orientaba lentamente a su normalidad y que tendríamos mejores tiempos y bienestar. A mediados de ese año se cumplía una de las más sentidas aspiraciones de la Institución con la renovación en parte de su viejo material. El Parlamento aprobó un crédito de cien millones de pesos papel para adquirir seis destructores en reemplazo de los antiguos de 30 años de edad ya desaparecidos del servicio y en el Estado Mayor se confeccionaron las características y especificaciones. Se adoptó un tonelaje antisubmarino destinado a responder al programa de construcciones de submarinos que desarrollaban nuestros vecinos del Norte, algunos ya en aguas peruanas. Se eligió un tonelaje de 1,000 a 1,200 toneladas con todos los elementos contra submarinos y que sirviesen al mismo tiempo de barrederos y cortina de seguridad del «Latorre», todo subordinado al dinero de que se disponía que no era mucho para nuestras necesidades.

A mediados del año se confeccionó de acuerdo con los técnicos ingleses un plan de maniobras para la Escuadra, que no se practicaban desde el año 1912 por falta de recursos dentro de nuestro presupuesto tan reducido. Tomaron parte todos los buques en servicio activo y con un teatro de operaciones desde Iquique, Islas San Félix, Juan Fernández y hasta Valparaíso. Los ejercicios se limitaron a exploraciones, curvas de rebusca y maniobras de aproximación de carácter táctico. No fué posible darles mayor amplitud por el escaso número de buques que tomaban parte, el pésimo estado de las calderas de los destructores, su escaso radio de acción al quemar carbón nacional y los cascos por la época del año estaban sucios; se embarcaron todos los asesores técnicos ingleses para que impecionasen especialmente los sistemas de comunicaciones y tácticas de evoluciones y presentasen las innovaciones correspondientes.

El mayor trabajo estaba encomendado a los destructores y efectuaron una gran labor que fué muy apreciada y recomendada por el Asesor de Estado Mayor, y el informe que después me envió dicho jefe era muy encomiástico para nuestro servicio y eficacia y en su entusiasmo personalizaba algunas actuaciones y se salía de la rigidez que caracteriza esta clase de documentos; por lo cual se lo devolví a fin de que se

subordinase a los principios de Estado Mayor y Academia y le eliminase algunas apreciaciones de carácter periódico y algo fantásticas y no hay duda que al hacerla ignoraba nuestra idiosincrasia reñida con ese temperamento tropical.

Dicho Jefe vió una mala interpretación en mi actitud y elevó una queja al Director General de la Armada y amenazaba con la renuncia de su puesto; pero se dió por satisfecho y retiró su renuncia cuando se le explicó que el criterio del Estado Mayor era discreto y menos optimista y que nuestra Marina poseía a este respecto una buena preparación y seriedad.

Mi ánimo, al mencionar estos acontecimientos, es establecer que esas maniobras señalaron el fin de una época brillante y prestigiosa que acontecimientos políticos inmediatos y posteriores destruirían y que nuestra Marina era el elemento de fuerza poderoso y de acción que correspondía a los sacrificios que el país se había impuesto al mantenerlo; los Comandantes y Oficiales que actuaban en cada unidad eran hombres de mar, preparados y eficientes y las tripulaciones dominaban ampliamente su cometido; hubo deficiencias del material por la gran edad de los buques, mala calidad del carbón y el desgaste de las máquinas que exigían un mayor consumo que el normal, calculado en parte por los datos de la época de la construcción de los buques. Y todo esto se traducía en experiencia por los largos años que no se hacían estas navegaciones continuadas y en convoy; pero, con profunda amargura se establece que fué la última manifestación de la Armada de Chile en su papel de Escuadra organizada y destinadas a fines de guerra.

Mientras tanto, en Santiago, la estabilidad del Gobierno se hacía más difícil: el elemento militar encabezado por el Ministro de Guerra, don Carlos Ibáñez, se tornaba nuevamente agresivo y violento; y culminó con su asistencia a la Cámara de Diputados donde hizo una exposición violenta e insolente sobre la conducta de los políticos y miembros del Parlamento; que consideraba amparadores del comunismo y tomó el nombre del Presidente de la República, a quien ni siquiera consultó antes de proceder.

En <sup>Noviembre</sup> ~~Octubre~~ caía el Ministerio presidido por don Maximiliano Ibáñez, que acompañaba al Presidente desde su elección y se vió tan inmediato el golpe militar que derrumbaría la Administración civil, que se llamó a Valparaíso a la Escuadra que se encontraba en sus prácticas de verano en la bahía de Arauco. El Presidente era presionado por el Parlamento y los políticos que exigían la eliminación del Coronel Ibáñez del Ministerio y por el elemento militar que lo imponía bajo la amenaza de un golpe de estado; y por el prestigio del país el Presidente cedió y se organizó un gabinete presidido por el señor Manuel Rivas Vicuña y conservando los mismos Ministros de Guerra y Marina. El militarismo cedía en parte, porque aun no era el momento oportuno y la opinión pública aun no lo aceptaba ampliamente; además, la Marina de Guerra conservaba aun sus fuerzas unidas y la oficialidad joven e ingenieros aun no estaban doctrinados y orientados para proceder de acuerdo con los fines militares.

El gabinete presidido por don Manuel Rivas Vicuña representaba la última resistencia de los políticos a la corriente militar; sería la última batalla del civilismo dirigido por este hábil político y el militarismo cuyo estandarte era el Coronel Ibáñez; de la habilidad y audacia que desplegara el primero para neutralizar al segundo dependía el porvenir del país; pero, desgraciadamente, nada alcanzó por la desconfianza que inspiraban en esa época en las filas de las instituciones armadas estos productos genuinamente políticos y que la prensa antagónica de los mismos partidos habían desacreditados; y en cuanto al Ministro de Marina sus iniciativas se limitaron a tantear la opinión de la oficialidad de la Escuadra en dos visitas a almorzar abordo del «Latorre» y «Chacabuco», efectuadas durante el mes de Enero; y al cambiar ideas con los Comandantes y Segundos le manifestaron que se notaba en la oficialidad síntomas de acercamiento y simpatías hacia el Ejército y que al robustecerse y orientarse traerían perturbaciones que eran prudente neutralizar y anticiparse a los acontecimientos y adoptar una política de evolución y armonía hacia el Ejército. Desgraciadamente, el Ministro no les dió crédito y aun se disgustó al oírlos y las consideró como verda-

deras traiciones al sentir de la Marina lo que demostraba su falta de dotes y aptitudes para la situación del momento por la carencia de ductibilidad política y previsión.

En Santiago, en el desempeño del puesto, cayó en la misma tembladera que devoró a los viejos Almirantes de la Primera Junta de Gobierno; lo alertagó el incienso que le quemaba la oligarquía santiaguina y sus políticos a su gallarda presentación personal y no guardaba relación con su intelectualidad al considerarse firme en el pedestal formado por ese espejismo político; no reaccionó ni evolucionó hacia una política de acercamiento al militarismo representado por el Coronel Ibáñez a quien despreciaba y repudiaba. Sin embargo aceptó el puesto de representante del Gobierno en el Directorio del Banco Hipotecario de Valparaíso durante la Administración del Presidente Ibáñez y más tarde a su caída en calidad de «perseguido de la Dictadura» fué propuesto por el Ministro Spoerer y nombrado para otros puestos administrativos. Es decir, personalizó una situación de carácter nacional que exigía el sacrificio de ideas y sentimientos antes la salvación del país y especialmente de la Institución cuyos destinos se le había confiado, y trajo la crisis por su mitad desde que fueron los capitanes de fragata que encabezaron el movimiento de evolución hacia el Ejército y desplazaron a los altos jefes originando su ruina futura: desde que al tomar los altos puestos y directivas fueron incapaces de mantener la disciplina y tradiciones y la empujaron hacia el motín de las tripulaciones.

En esos días las actividades militares tomaron gran desarrollo para atraerse a la Armada a sus fines y bajo las órdenes del Coronel Parada efectuaron una concentración de los regimientos de caballería en los campos de Concón; quien, conjuntamente con el Comandante del Coracero de guarnición en Viña del Mar, hicieron una sutil propaganda que fué tomando a la oficialidad, especialmente la Artillería de Costa y del Departamento de Municiones de Las Salinas.

Para desmoralizar a los Almirantes idearon el plan de abandonar en un cuarto de un hotel, de Viña del Mar, el borrador de un plan para arrestar y trasladar a Santiago en un día determinado a los Almirantes y Directores de los servicios navales, que residían en dicho balneario y Valparaíso, incluso al Jefe de la Escuadra, Contralmirante don Alfredo Searle, que en los primeros días de Enero reemplazó al Almirante Bahamondes, que estaba destinado a la Comisión Naval en Londres.

En la noche de un día Sábado encontró ese documento un Senador que alojó en la misma pieza del hotel ya nombrado y lo llevó al Director General de la Armada, quien llamó a los Almirantes a su casa-habitación, menos al infrascrito que estaba enfermo y se lo entregaron al Presidente Figueroa que veraneaba en Reñaca. Fué sensible que acordasen mantenerlo en secreto y no darlo a la prensa, como fué mi opinión, desde que se veía una estratagemas de los militares para tantear la opinión pública que habría censurado semejante atentado. Lo que se perseguía con estas maniobras era desmoralizar y atemorizar a las familias y no es aventurado establecer que contribuyeron en la resolución de algunos jefes de retirarse y abandonar sus puestos cuando dos semanas después el elemento militar atacó francamente la superioridad naval y esos jefes con su retiro dejaron a la Armada sin directiva y el campo libre a los planes de aquéllos. Y más tarde cuando apreciaron la realidad de sus procedimientos calificaron, especialmente sus familias, en los círculos sociales, de traidores, desleales y criminales a aquellos que por un bien entendido patriotismo recogieron los jirones de la organización naval y trataron de mantener el principio de autoridad y disciplina hasta que la Dictadura Militar arrasó y destruyó el edificio naval.

Para el día de Año Nuevo el Director General de la Armada, Vicealmirante don Juan Schroeder y señora, ofrecieron un gran almuerzo en el Parque de Las Salinas a los Jefes y Oficiales de Marina, tanto de abordaje como de tierra con sus familias: era una manifestación de amistad y camaradería a fin de estrechar las filas de la Institución contra las asechanzas que la amenazasen; a pesar de la alegría y armonía que reinó, sin embargo, se notaban síntomas anormales y se hablaba en forma velada de la proximidad de mejores días para la Marina por una era de evolución y libertad que la tomaría; era algo morboso, indefinido que flotaba en el ambiente y sólo quien estuvie-

se en antecedentes podría comprenderlo; se atribuía a la satisfacción del término del año de instrucción de la Escuadra cuyos trabajos profesionales fueron brillantes por sus ejercicios en la bahía de Arauco en combinación con los submarinos: nadie se imaginaba que la influencia militar cundiese tan rápidamente.

## CAPITULO V

### Acontecimientos de Febrero de 1927 que quebrantaron la resistencia de la Armada a los fines militares hasta la elección Presidencial del Coronel Ibáñez.

El ~~último~~ <sup>primer</sup> Domingo de ~~Febrero~~ de 1927, el Ministro de Guerra, Coronel Ibáñez, revistó las tropas de caballería acampadas en Concón: hubo un almuerzo al que asistieron algunos oficiales de la Armada y de Artillería de Costa; se pronunciaron discursos por la confraternidad de ambas Instituciones y uno de los marinos, obediendo a un plan preconcebido, expuso las aspiraciones de la Armada orientadas hacia una modificación de sus servicios y una evolución destinada a dar más atribuciones a los jefes de grado intermediario y se solicitaba el concurso del Ministro de Guerra para llevar estas expresiones hasta el Supremo Gobierno.

El Sábado 5 de Febrero se recibían noticias alarmantes de Santiago sobre la situación política: se hablaba de una crisis ministerial, de la renuncia del Ministerio presidido por el señor Rivas Vicuña y que tomaría ese puesto de Ministro del Interior y organizaría el nuevo gabinete el Coronel Ibáñez. Con esto nos aproximábamos al fin del régimen civil; con una tenacidad y tino admirable por caminos tortuosos y aprovechándose de las divergencias de los políticos, las ambiciones de otros y la indiferencia del público; el elemento militar después de años de labor dominaba totalmente la situación; había organizado una verdadera guardia pretoriana con el Cuerpo de Carabineros, cuyo mando el Coronel Ibáñez no abandonó hasta después de tomar la Presidencia: tenían en sus manos el control de las comunicaciones del país y de la censura de la prensa, como también los servicios de policías y de investigaciones; es decir, habían tejido una formidable red que envolvía todas las actividades del país y neutralizaban cualquier actividad contraria de la Armada, Ejército y aun de la opinión pública.

La apreciación de la situación que mensualmente efectuaba en el Estado Mayor indicaba la gravedad del momento y se vislumbraban para la Marina su decadencia como cuerpo autónomo y prestigiado y que entraría a ser un satélite del militarismo triunfante que la llevaría de tumbo en tumbo hacia un desastre que dependía solamente del tiempo. Su situación en esos agitados días de la semana trágica del 6 al 13 de Febrero era de catástrofe: el personal estaba dividido e indisciplinado; un grupo de Capitanes de Fragata y Corbeta con algunos oficiales mayores, especialmente ingenieros, enviaron sin conocimiento de sus superiores una comunicación al Coronel Ibáñez, Ministro del Interior, que pedía la reorganización de los servicios superiores de la Armada; la remoción del Ministro de Marina, Almirante Swett, del Director General, Almirante Schroeder y otros jefes superiores; la que fué leída en Consejo de Gabinete por el Coronel Ibáñez, aprovechándose la ausencia del Ministro de Marina que se encontraba en Valparaíso en momentos tan difíciles.

En cuanto al material, la situación era aun peor: las últimas maniobras revelaron el pésimo estado de las calderas y máquinas de todos los buques, incluso el «Latorre», cuya turbina iba a repararse y no permitía una velocidad superior a 10 millas. El «O'Higgins» fué enviado a reparaciones inmediatamente después de dichas maniobras conjuntamente con el «Blanco» y en los destructores empezaron a estallar los colectores de las calderas con pérdidas de vidas y personal quemado; de modo que la Escuadra estaba inutilizada para cualquier emergencia y esto era del conoci-

miento del Coronel Ibáñez por informaciones de los oficiales adeptos al militarismo que actuaban como antenas dentro de la rutina de nuestro servicio; de modo que el momento elegido para proceder contra la Armada era el más oportuno.

En la noche del Sábado 5 de Febrero asistí con mi esposa a una comida de despedida a la señora del Secretario General de la Armada, Capitán de Navío don Enrique Costa Pellé, que se iba a Europa y la daba el Almirante Schroeder y señora en su casa-habitación. Había permanecido hasta muy tarde en mi oficina en el Estado Mayor, recibiendo comunicaciones de Santiago y sólo con muy escaso tiempo para vestirme para esa manifestación, me limité a expresarle a mi esposa la gravedad de la situación y que posiblemente los acontecimientos nos aclararían a todos y tendríamos que buscar otras actividades de vida. En esa comida el ambiente era triste y de preocupación por tener conocimiento los invitados que eran jefes de Marina de lo que ocurría; a media noche llegó por el expreso de Santiago el Subsecretario de Marina enviado por el Ministro para imponer al Director General que era efectiva la presentación efectuada por la oficialidad joven y pedían al Coronel Ibáñez la reorganización de la Armada y entonces se acordó, como se había hecho en otras ocasiones, que los oficiales de la Escuadra y reparticiones de tierra firmasen una presentación rechazando y desautorizando aquélla. Al proceder el día Lunes se encontró seria resistencia en la oficialidad y en algunos buques nadie firmó, incluso los Comandantes. En mi repartición el Estado Mayor al reunir a los Capitanes de Fragata, Jefes de Departamentos, todos firmaron y uno de ellos el Capitán de Fragata señor Yanquez, tomó la palabra para informarme que esa presentación no tenía ningún valor, desde que existía en poder del Gobierno la presentación espontánea de la oficialidad joven y oficiales mayores. Poco antes de las 12 de ese día llegó a mi oficina el Segundo Comandante del Departamento de Municiones de Las Salinas, que había sido oficial de detall del «Latorre» durante mi mando y era persona de mi confianza y fundándose en esos antecedentes venía extra-oficialmente a informarme que la noche anterior había ido a Santiago en una locomotora eléctrica puesta a su disposición por el Ministro del Interior y había tenido una larga conferencia con él y otros jefes militares y civiles reunidos en comité y había tratado sobre el pliego de peticiones de la oficialidad de la Marina y actividades ya mencionadas; alcancé antes de almuerzo a imponer al Almirante Schroeder de estos graves acontecimientos y dispuso que se citasen a reunión al Consejo Naval para esa tarde a fin de imponerle y tomar resoluciones: en dicha reunión lo impuse de lo anterior y el Secretario dió cuenta del fracaso de recoger firmas para la protesta que se había proyectado elevar al Gobierno para neutralizar las de la oficialidad ya nombrada; durante la sesión comunicaron por teléfono del Ministerio que el Almirante Swett había renunciado y se daba el nombre del Almirante Merino y algunos Capitanes de Navío como sucesores y sin más se levantó la reunión, sin tomar ninguna medida de seguridad o vigilancia, como acuartelar las tripulaciones o de sanción contra los jefes cuyas actividades antidisciplinarias se habían comprobado. Ya, solo en su oficina, me llamó el Director General para mostrarme la renuncia de su puesto y retiro del servicio que entregó al Subsecretario que esa tarde regresaba a Santiago para que le diese curso si notaba que la situación empeoraba. Me permití insinuarle al Almirante que su resolución era prematura; quien con el desaliento y la amargura del que durante tanto tiempo luchaba por mantener una situación que se quebrantaba cada vez más, me contestó que para la Armada todo estaba perdido.

Mas tarde, como a las 6 P. M., llegaron a mi oficina el Jefe de la Escuadra, Contralmirante Searle, el Comandante del «Latorre», Comandante Montalva, el Secretario General, Comandante Costa Pellé y los Directores del Personal y Territorio Marítimo, Comandante Jouanne, a fin de cambiar idea sobre la situación y se acordó que en vista de que se daba mi nombre entre los probables Ministros de Marina junto con algunos jefes subalternos, me trasladaba a Santiago a conferenciar con el Presidente de la República don Emiliano Figueroa, a imponerle sobre la situación de la Armada y las consecuencias que traería para el servicio el nombramiento de un jefe

subalterno para Ministro y tratar de que dicho puesto no saliese del rango de oficiales generales y prevenir al Presidente sobre la naturaleza del complot fraguado por unos pocos oficiales que, tomándose la representación de todos, pedían una infundada reorganización de los servicios por intermedio del elemento militar y que todo obedecía a un plan destinado a eliminar a los Almirantes. Solicitada la autorización del Director General de la Armada y Ministro renunciante, esa misma noche me dirigí a Santiago en comisión oficial para defender la organización y disciplina de la Armada y en ningún caso como defensor o abogado de los intereses de los colegas de grado y otras deducciones antojadizas que publica recientemente en sus Efemérides sobre la Dictadura el órgano de la buena prensa santiaguina *El Diario Ilustrado*.

Mientras se desarrollaban estas actividades en los círculos directivos del servicio, en el Club Naval la oficialidad dirigida o encabazada por los Capitanes de Fragata designaban al Capitán Joaquín Herrera como Ministro de Marina y reunían firmas para dirigirle un telegrama al Coronel Ibáñez proponiéndolo; se tomaba campaña en honor del futuro Ministro junto con fotografías que al día siguiente publicaba la prensa local con los comentarios y elogios que sólo ella sabe dirigir en estos casos. Simultáneamente fuera del Club, en el callejón que separa este edificio de la iglesia del Espíritu Santo, el Coronel Parada, Jefe de la concentración de caballería en Concepción conferenciaba con el Capitán de Fragata don Carlos Frodden y lo apremiaba para que aceptase el Ministerio de Marina que se lo ofrecía en nombre del Coronel Ibáñez y terminó por aceptarlo después de alguna resistencia. Si este Jefe con mayor espíritu de cuerpo y patriotismo hubiese rechazado ese puesto, los destinos del país y de la Marina habrían seguido otra orientación y esta desgraciada Institución no habría llegado al derrumbe de 4 años más tarde.

Durante la agitación de estos días en que unos cuantos jefes subalternos pertenecientes a las reparticiones de tierra en unión con los de artillería de costa se dedicaron a destruir la organización de la Armada con fines ambiciosos y subversivos, atentando la seguridad misma del Gobierno, no se tomó ninguna resolución de previsión por parte de la Comandancia en Jefe de la Escuadra, no se acuarteló a la tropa menos a la oficialidad y el Almirante Jefe de la Escuadra no fué más abordo y se limitaba a llegar hasta la Dirección General de la Armada reemplazando al Almirante Schroeder que había renunciado. Nada detuvo la indisciplina y sus desbordos y los Comandantes de buque sin orientación, terminaron por reunirse abordo del «Latorre» y después de llamar a la oficialidad resolvieron enviar (por intermedio de la Jefatura de la División Militar de Valparaíso, un radiograma al Coronel Ibáñez) aceptando al Comandante Frodden como Ministro de Marina y para colocar una valla a los desbordos antidisciplinario que el Almirante Merino tomase la Dirección General de la Armada.

Tomo nuevamente el curso de los acontecimientos relacionados con mis actividades en Santiago, en la estación me esperaba el Ayudante del Ministro y el Edecán Naval de S. E., Capitán Torres, con quién me dirigí a casa del Almirante Swett y después de imponerle de los sucesos de Valparaíso y actividades de los Oficiales me dirigí con el Edecán a casa del Presidente, que encontramos cerrada y él ausente de Santiago. Por la conversación con el policía secreta que la vigilaba dedujo el Edecán que S. E. se encontraba y pernoctaría en casa de su Secretario privado, situada en los alrededores de la ciudad, en donde se reunía con algunos amigos íntimos a jugar rocambo y conseguir a esas altas horas de la noche un paréntesis a las preocupaciones y molestias de los negocios públicos en momentos de crisis tan aguda como la de esos días. Después de un accidentado viaje de automóvil en esa tibia noche de verano de Santiago, agradables y serenas y recorrer caminos en reparaciones que se hacían cuidadosos para el tráfico, llegamos a un sencillo chalet con sus puertas y ventanas alumbradas y abiertas en donde encontramos a don Emiliano con algunos distinguidos y conocidos caballeros de la alta sociedad santiaguina, que distraían a ese hombre tan apreciado por sus amigos y relaciones, que encarnaba

la hidalgüía y don de gente de los antiguos patricios junto con esa llaneza y sencillez que se atraía los corazones. Le expuse que la presentación al Coronel Ibáñez de un grupo de oficiales ambiciosos, solicitando la reorganización de los servicios superiores de la Armada que se habían modernizado pocos meses antes, obedecía a un complot inspirado por los militares para eliminar a los Jefes superiores de la Marina y entregar la directiva a oficiales subalternos fácil de manejar y dirigir por el Coronel Ibáñez y camarilla militar. Que la Armada era el más sólido apoyo de la civilidad y lo había demostrado desde el año 1891 hasta la fecha, como el mismo lo había reconocido en su última visita al «Latorre» y que estimábamos que en defensa de esos mismos principios la ampararía amplia y enérgicamente; de otro modo la Presidencia, el Parlamento y demás instituciones fundamentales del servicio público se derrumbarían y entraríamos de lleno a un gobierno militar cuyas consecuencias nadie podría prever. Que por el momento la defensa de la Armada consistía en mantener a toda costa en el puesto de Ministro del ramo a un Almirante o Capitán de Navío antiguo que neutralizase la influencia del militarismo dentro de nuestro servicio y como mi nombre no ofrecía resistencia a la oficialidad y lo consideraban una garantía, estaba dispuesto a ocupar el puesto transitoriamente hasta que la situación se normalizase. El Presidente me impuso con tono conmovido los detalles del pedido del Ministro del Interior Coronel Ibáñez de organizar un gabinete, eliminando al Almirante Swett; lo que estimaba injustificado, con quien se había solidarizado y había amenazado con su propia renuncia de Presidente si persistía en esas exigencias y que el Almirante para evitar mayores perturbaciones le había rogado que aceptase solamente su renuncia. En todo aceptó mi exposición y me prometió que hablaría con el Coronel Ibáñez de acuerdo con el sentir de la Marina y le ordenó al Edecán que fuese esa misma noche a casa de aquél y le comunicase que no tomase ninguna resolución respecto al Ministerio de Marina hasta que hablase con él; junto con llevar ese mensaje el Edecán me trajo un recado del Coronel Ibáñez, invitándome a la oficina del Ministerio de Guerra a las 11 horas, porque deseaba conversar conmigo y ésto ocurría a las 4 de la madrugada. *del martes 8.*

Era la primera vez que hablaba con este personaje que tan grande influencia ejerció en los destinos del país y de la Marina y que aun la historia no da su fallo definitivo por existir frescos y latentes los odios y pasiones que originaron su Administración y procedimientos. En nuestra entrevista ambos vestíamos de civil; a pesar de ser el vencedor dueño de nuestra situación y del porvenir del país lo consideraba simplemente como el Coronel y compañero de armas al hacerle la defensa de la Marina, su organización y de su futuro mismo que consideraba amenazado. El aspecto de Ibáñez era la del hombre enérgico que tenía el control de los acontecimientos y los dominaba ampliamente; su rostro duro y terco se iluminó con su mejor sonrisa al saludarme e inició su conversación con una serie de alabanzas relacionadas con mi actuación profesional que la conocía hasta en los detalles de mi estado de salud que en esa época era precaria y terminó expresándome que no se explicaba que teniendo una atmósfera de gran severidad para con el personal, sin embargo gozaba de sus simpatías y unía todas las corrientes antagónicas que lo dividían y me consideraban como su verdadero director; después habló sobre la anarquía política y parlamentaria que exigía un Gobierno fuerte y apolítico y con respecto a la Marina deseaba su progreso y no debía abrigarse temores de su organización al colocar en el Ministerio a un Jefe subalterno desde que existía el precedente y hasta un capitán retirado, el señor Mora, había ocupado esa cartera y que tenía el compromiso con el Capitán Frodden de que ocupase ese puesto y aun no tenía la contestación.

Pasé en seguida a informarlo sobre la situación de la Armada a raíz de los últimos acontecimientos originados por la renuncia del Ministro de Marina y el posible retiro del Director General; que el nombramiento de un jefe subalterno para Ministro no lo aceptaba nuestra mentalidad y traería el retiro de los Almirantes y Capitanes de Navío más antiguos y se desquiciaría el servicio; le propuse una fórmula de tran-

sacción al designar para Ministro al Almirante Ward, Jefe de la Comisión Naval en Londres y que había sido miembro de la Junta de Gobierno después del 23 de Enero y por estar alejado desde algún tiempo del país se encontraba en condiciones de actuar nuevamente en el Gobierno; pero lo rechazó por desaveniencias ocurridas durante esa misma época y lo consideraba antagónico con sus ideas. Me comunicó que había llamado a los Capitanes de Navío señores Hipólito Marchant y Francisco Nieto para ofrecerles el Ministerio, pero su verdadero candidato era el Capitán Frodden; me pidió con mucho calor e interés que tomase la Dirección General de la Armada, por la naturaleza de mi puesto de Jefe de Estado Mayor que me mantenía al corriente de los asuntos relacionados con la alta dirección del servicio, especialmente en esos días que se estudiaban las propuestas de la construcción de los destructores. Le agradecí sus conceptos y le expresé que mi resolución estaba ya tomada y abandonaría el servicio junto con mis compañeros del mismo rango, dada la situación que nos creaba el nombramiento de un Ministro que destruí el concepto de jerarquía, principio básico de toda institución militar y aun hasta en las colectividades religiosas. Inmediatamente traté de comunicar por teléfono al Director General a Valparaíso sobre el resultado de mis gestiones, pero estaba cortado y los telégrafos y cables con censura y era lo que ocurría con nuestro Ministerio cada vez que se presentaban estas convulsiones políticas. El Comandante Marchant que llegaba en esos momentos de Valparaíso, por el expreso de la mañana, entró inmediatamente después a conferenciar con el Coronel Ibáñez y rechazó también la oferta del Ministerio y le insinuaba que debía designarse al Almirante Merino que reunía las diversas corrientes y opiniones de que estaba dividida el personal de la Institución.

Al día siguiente, por la tarde, llegó a la Moneda una comunicación del Jefe de la Guarnición Militar de Valparaíso, dirigida al Ministro del Interior que transcribía un radiograma del «Latorre» por el cual los jefes y oficiales de la Escuadra y reparticiones de tierra, después de una larga deliberación, solicitaban al Gobierno que para el buen servicio de la Marina se designase al Comandante Frodden como Ministro de Marina y al Almirante Merino como Director General de la Armada. Poco después me llamó el Presidente a la Moneda y el Edecán Naval me condujo hasta el Salón contiguo a la oficina presidencial donde se reunía en ese momento el Gabinete a donde llegaba momentos después el Presidente y después de saludarme nó con el semblante afable y sereno que siempre lo distinguía, sino por el ademán triste y abatido, sacó de su bolsillo la renuncia del puesto de Presidente de la República que acababa de presentar por enfermo al Ministerio y con una profunda amargura me dijo: «El Gabinete no la ha aceptado y por el prestigio y buen nombre del país se llegó al acuerdo de postergarla por cuatro meses más; no es posible insistir y me han convencido que no puedo abandonar esta investidura a que me llevaron contra mis deseos mis conciudadanos, sin acarrear serias perturbaciones de carácter social y económico tanto en el interior como en el exterior. Y por lo mismo, Almirante, le ruego que tome la Dirección General de la Armada como lo solicita su mismo personal según la comunicación que acaba de mostrarme el Ministro del Interior y se evitarán mayores males, ya que todos los servicios se desquician». Las intenciones de censura que traía por no haber amparado a la Armada en esta gran crisis en que se jugaba su futuro al aceptar la fórmula ministerial de los militares, se esfumó y sólo me quedaron los deseos de cooperar a este hombre, sano y bueno, enemigo de luchas y encrucijadas, en la agonía de su mando y acompañarlo en los pocos meses que le quedaban frente a los destinos del país. El resentimiento que me dominaba fué reemplazado por un profundo sentimentalismo y por la resolución de tomar cualquiera actitud que solucionase este conflicto, sin considerar los prejuicios y odiosidades que provocaría. La actitud del Presidente de sacrificar todo por el prestigio del país, incluso a sus mismos parientes, como ocurrió días después, me levantaba el velo y hacia la claridad sobre la marcha irreductible de los acontecimientos que nos devorarían sucesivamente a todos: Presidentes, Ministros, Almirantes, Generales, etc., hasta llegar para castigo de Chile a una dictadura militar que fatalmente también caería en medio del odio y repudio de los chilenos cuando el gran daño para el país ya no tenía solución.

Le manifesté al Presidente que con el Ministro del Interior había conversado sobre el mismo asunto y había rechazado dicho puesto por el quebrantamiento del concepto jerárquico que envolvía con la designación de un jefe subalterno para el Ministerio y mi intención era abandonar el servicio y le repetí los mismos argumentos de nuestra conferencia de la madrugada de noches anteriores. El Presidente, fundándose, sin duda, en su experiencia política, me replicó que mi retiro sería un sacrificio inútil y que dada mi posición de eslabón entre el Gobierno, los militares y la oficialidad joven de la Marina de que no gozaban los otros Almirantes, debía considerar como patriótico sacrificar estos escrúpulos y aceptar el puesto. Sin esperar mi contestación llamó al Coronel Ibáñez y le dijo que tomaría la Dirección de la Armada, quién me felicitó por esa resolución, y le contesté que tomaría el puesto transitoriamente hasta que se normalizase la Marina y respondió que esperaba que cambiaría de opinión y lo desempeñaría por largo tiempo.

Las razones que primaron en mi ánimo para aceptar la Dirección General en condiciones tan obscuras y con la convicción de ser transitoriamente, por conocer los manejos del Coronel Ibáñez de acabar con ese organismo y el Consejo Naval que siempre se atravesaron en sus planes, fueron el pedido del Presidente Figueroa y del personal de la Armada mismo y por mi parte el cariño por mi profesión y el interés de salvar la Institución y postergar el caos y la indisciplina que cundía lentamente, reflejando así el ambiente del país mismo. Lo que en condiciones normales significaba una satisfacción profesional y personal era en esas circunstancias un foco de profundos disgustos y un enorme trabajo técnico por estar pendiente las propuestas de adquisiciones de destructores y armamentos, unido a la campaña de difamación que originarían los perjudicados en sus intereses.

Ahora que los años han calmado las pasiones de los hombres que actuaron en esa época y que la Armada Nacional en pleno régimen constitucional atraviesa por una crisis semejante de persecuciones y represalias, a fin de eliminar Almirantes y altos jefes y colocar a su cabeza un adepto al Gobierno, es oportuno comparar y analizar desapasionadamente la actuación de los que procedieron en aquellos tristes tiempos bajo la presión militar omnipotente y que la aceptaron con la esperanza de encontrar una oportunidad que salvase la organización y disciplina de la Institución.

Nos encontrábamos aun bajo el régimen constitucional y era al Presidente de la República, Jefe Supremo de las Instituciones Armadas, a quién debía acudir a solicitar amparo y garantía los que eran sacrificados por el militarismo y en ningún caso hacer blanco de sus iras al modesto Contralmirante que con su salud seriamente quebrantada y refractario por naturaleza a honores y actuaciones decorativas y sociales, sacrificaba su tranquilidad personal, su prestigio y reputación profesional, y se resignaba a aceptar un puesto transitorio, con la convicción de que se aprovechaban sus conocimientos para que se solucionase el delicado problema de la aceptación de las propuestas de los buques en construcción y después sería eliminado, y su mayor castigo fué presenciar el desquiciamiento de la organización de la Institución a cuya preparación había dedicado todas las actividades de su existencia profesional y el retiro de sus mejores compañeros de curso. Y como un consuelo recordaré las palabras de uno de los últimos Directores Generales de la Armada, viejo y prestigioso Almirante (Q. E. P. D.), y que también saboreó los pesares e ingratitudes de esos tiempos borrascosos a dos Almirantes que criticaban y condenaban a los que actuaban en los puestos que voluntariamente habían abandonado: «El Almirante que ha aceptado la Dirección General con conocimiento exacto de su porvenir es digno de apoyo y cooperación y con la difamación nada se gana, ni se construye».

Por el expreso de la noche siguiente, llegaba el Comandante Frodden a Santiago a tomar el Ministerio; en la estación lo esperaba el Capitán de Fragata en retiro don Agustín Prat, algunos periodistas y fotógrafos y éste le dió la bienvenida por un corto discurso y lo comparaba con el juvenil retoño del antiguo árbol náutico que interpretaría el sentir de la juventud naval y destruiría el conservantismo y añejeces de una jefatura caduca, retrógrada y anticuada.

En estas condiciones llegaba por primera vez a Santiago a un puesto oficial este joven jefe de nuestra Armada que tan odioso papel le asignó la opinión pública en las postrimerías de la Administración del General Ibáñez y a quien acompañó hasta su caída.

Llagaba con el prestigio del Jefe ilustrado, sano, recto y justo que caracterizan normalmente a los marinos: lo tomarían las intrigas, pasiones y baja politiquería de una Administración de fuerza y de procedimientos dictatoriales que para el criterio de los espectadores modificarían su estructura moral, su modestia y carácter tranquilo y disciplinado y lo convertirían en un instrumento de abusos y represalias contra sus compañeros de armas y después de crueldades y procedimientos sangrientos contra sus conciudadanos. Es sensible que bajo un sentimiento de lealtad para con el Presidente, aceptase ese papel sin considerar su condición de Jefe de Marina y que sus acciones alcanzarían a la Institución que representaba en las esferas del Gobierno.

Y sin duda pasará a la historia conceptuado en esa forma por carecer del tacto y astucia política de su colega militar que se retiró oportunamente con aplauso general y considerado como mantenedor de la unidad y cohesión del Ejército en los momentos en que el Gobierno militar se derrumbaba, a pesar de ser los verdaderos ejecutores de las órdenes sangrientas que rodearon sus últimos actos.

Hasta en ese último episodio fué desgraciada la Armada, su representante genuino en el Gobierno dictatorial quedó descalificado, perseguido y apresado como un criminal y los representantes del militarismo que fueron los verdaderos amos del país se retiraron con honores y consideraciones.

Antes de regresar a Valparaíso a hacerme cargo de la Dirección General, de acuerdo con el Ministro, se hicieron los nombramientos para los puestos de Directores, Apostaderos, Jefe de Escuadra y dada la evolución que se operaba se designaron a los jefes de mayor prestigio, preparación y ascendiente sobre el personal, sin considerar las antigüedades y se destinaron a los demás a puestos de menor importancia y menos ejecutivos como Intendencias, Gobernaciones Marítimas, lo que originó el retiro de algunos Capitanes de Navío que se consideraron afectados y postergados por estas resoluciones.

De regreso a Valparaíso visité en su casa-habitación al Almirante Schroeder para imponerle de los acontecimientos ocurridos en Santiago y las circunstancias especiales que originaron mi designación para el puesto que acababa de renunciar. El Almirante, después de un momento de charla, me declaró que consideraba un deber imponerme de que había llegado a su conocimiento que todo lo ocurrido era el resultado de un complot formado con los militares acampados en Concón y la guarnición de Valparaíso con un grupo de oficiales de Marina y su jefe superior era el infrascrito y que esa versión era del propio Capitán Herrera que por la manifestación del Club Naval y publicaciones de la prensa aparecía dirigiendo estas actividades. Junto con expresarle mis sentimientos por dar acogida a calumnias y difamaciones contra personas que siempre lo apreciaron en la larga vida profesional, le comuniqué que iba a proceder contra este jefe y se le quitaría el puesto de Subsecretario de Marina que se le había designado, y nombrarlo Comandante de un transporte y lo enviaría a entrevistarse personalmente con cada uno de los Almirantes a imponerlos de mi verdadera intervención en los sucesos que él había dirigido y en los cuales mi actuación no salió de los límites que he descrito.

Esto se cumplió y dicho jefe recibió esa sanción que había sido imposible aplicarla si me hubiesen ligado con él los procedimientos que la difamación indicaba.

Este aspecto de los acontecimientos desarrollados en la última semana de Santiago no los había considerado durante mis actividades en bien de la Marina y del país. Procedí de acuerdo con el sano criterio que siempre apliqué en todos los actos de mi vida profesional; con optimismo y altura de miras, sin considerar que la maledicencia o la calumnia tergiversase mis procedimientos. No recibiría los aplausos de otras ocasiones en que solucioné conflictos más peligrosos por estar influenciado por el factor político; por el contrario me acosaría una tenaz campaña de difamación por algunos

de estos altos jefes que no fueron nobles en su caída y eran maestros en la ingrata tarea de arrojar todo al prójimo y también que tarde comprendían el verdadero papel de su actitud en esos tristes días que abandonaron sus puestos sin lucha y dejaron que la desorientación y la indisciplina invadiese totalmente la Institución. El Director General presentaba su renuncia y retiro del servicio y dejaba a la Marina sin directiva ni autoridad cuando la gravedad de los hechos exigía la presencia del titular. El Jefe de la Escuadra mandaba sacar su equipaje de abordó del buque de su insignia y declaraba que no volvería a bordo a mandar a traidores e ingratos. Estas manifestaciones sentimentales estaban reñidas con la responsabilidad de los altos puestos que ocupaban y la obligación de mantener la obediencia y disciplina por los tantos medios que la Ordenanza ponían a su disposición. Años después se reflejarían estos mismos actos con la actitud de los jefes y oficiales frente a las marinerías amotinadas y sería su sanción para sus procedimientos de aquellos días.

Mi entrevista con el Almirante Schroeder terminó cordialmente y convenimos que al día siguiente, a las 10 horas, me entregaría personalmente la Dirección General, lo que era de suma importancia por encontrarse en su poder la distribución de los fondos de la Ley Reservada destinados a la compra de armamentos y las propuestas de los destructores y las comunicaciones con los constructores y Comisión Naval de Londres cuyas gestiones las dirigía personalmente. Esa misma mañana pasaron a despedirse los Almirantes Swett, Searle y Bracey Wilson y después de informarme de los asuntos de importancia pendientes en las reparticiones que dejaban por haber iniciado su expediente de retiro del servicio y darme algunas palabras de aliento para el éxito de mi misión, quedaba solitario frente a la enorme responsabilidad que gravitaba sobre mis hombros.

Juntos con ellos se fué un régimen que durante 30 años dirigió a la Institución con honorabilidad, economía y justicia; no eran talvez de la talla de los Almirantes Montt, Goñi, Neff, y Gómez Carreño, que a su valor en los combates navales, unido a su espíritu de trabajo en tiempo de paz, grabaron en la Marina las condiciones de civismo, rectitud de procedimientos, garantías y estabilidad, que hasta ese día reinaron en ella; pero eran hombres de mar que llegaron a los altos puestos y ganaron sus galones recorriendo todas las actividades científicas, profesionales y militares que exigían los reglamentos de esa época y poseían la preparación y experiencia para el mando, unida a una relativa juventud de una edad media de 50 años. Y sería la última vez que los trataría, debido a que después de esta página de alta grandeza moral que demostraban en su caída, fueron arrastrados y entraron a la campaña de difamación contra la Armada.

Es aceptable y humano que en su resentimiento al ser eliminados del servicio y perder su carrera e ideales y el bienestar de los altos puestos, después de los sacrificios y sufrimientos del oficial subalterno, se desahogasen contra los promotores de su situación que era el elemento militar; pero no lo hiciesen contra la Armada que era ajena a los procedimientos del Gobierno.

Al tomar el infrascrito la Dirección General de la Armada, el Contralmirante don Olegario Reyes del Río, Jefe del Apostadero de Talcahuano, había enviado su renuncia telegráfica al Ministerio de Marina y que después no confirmó y el Ministro Frodden la consideró aceptada y le nombró reemplazante. Al consultar y defender la situación de este Almirante que era menos antiguo y podía quedar en el servicio, el Ministro me declaró que el Gobierno había acordado el retiro de este jefe por sus opiniones francamente antimilitares y ser autor de un incidente desagradable con el General, Jefe de la guarnición de Concepción en un lugar público, el Club Hípico. Como a dicho Almirante me ligaban vinculaciones de familia, le rogué al Ministro que le comunicase personalmente esa resolución y cuando se presentó a mi oficina a pedir instrucciones lo envié a Santiago a verse con el Ministro y me pidió que le enviase a dicho funcionario un telegrama, expresándole mis deseos de que se quedase en el servicio, lo que se hizo y en la tarde el Ministro telefónicamente me comunicó que lamentaba no acceder a mi pedido por ser un asunto resuelto por el Gobierno, el retiro de

dicho jefe y que lo había citado para el día siguiente en la mañana para comunicarle esta resolución y el Ministro me impuso de esta conferencia de hora y media en que dicho Almirante con toda clase de argumentos y hasta con amenazas de interpelaciones en la Cámara de Diputados, trató de reconsiderar la resolución gubernativa y quedarse en el servicio. Después presentó su renuncia y encabezó la campaña de difamación contra la Marina que todos conocen; a pesar de que las gestiones anteriores indicaban sus deseos de servir bajo las órdenes del Ministro Frodden a la Administración del Coronel Ibáñez y que por sus últimos desbordes periodísticos parece que ha olvidado.

## CAPITULO VI

### Últimos tiempos de la Dirección General de la Armada

Al asumir la Dirección de la Armada de acuerdo con el Ministro se envió una Circular a todas las reparticiones de su dependencia para que se impusiesen de los fines que se perseguían y se calmase la intranquilidad reinante.

En ese Manifiesto se establecía que una nueva mentalidad dirigiría los destinos futuros de la Institución de acuerdo con la evolución que experimentaba el país, al aceptar con entusiasmo por la mayoría de la opinión pública un régimen militar que terminaría con la destructora politiquería y establecería un Gobierno enérgico que lo llevase a una reconstrucción nacional y solucionase los problemas internacionales, internos y sociales. Era lógico imponer a la Marina de esta nueva mentalidad que se orientaba hacia el porvenir y no hacia el pasado; pero la suspicacia y encono de los Almirantes que se acababan de retirar, la consideró como una crítica a su pasada actuación y la prensa de Valparaíso publicó una extensa comunicación del ex-Director General, Almirante Schroeder, con una serie de argumentos y consideraciones que no era posible contestarla sin armar una gran polémica de prensa que era lo que deseaban.

De acuerdo con las promesas del Gobierno, que después no cumplió, se anunciaba que no se harían reincorporaciones y por último como una medida para nivelar las profundas divergencias que existían entre los oficiales de guerra y mayores, se les daba a todos el distintivo de la estrella en las mangas de su uniforme. Esto lo modificó en el último momento el Ministro y anunció que se adoptaría «el ojo de gallo» distintivo de otras marinadas y posteriormente se dejó sin efecto, pero alcanzó a ser tema de discusiones sentimentales y comentarios que contribuían a envenenar el ambiente.

En esos días pasaron por mi oficina algunos de los viejos Almirantes retirados que se interesaban por la profesión: Wilson, Amengual, Aguirre, Langlois, Soubllette, etc., y me felicitaban y compadecían por aceptar el puesto en estas circunstancias y me dejaban algunas palabras de aliento para comunicarme la resignación y el valor que exigía semejante tiempo. De ellos agradecí profundamente al caballeroso Almirante Soubllette, unos de los grandes valores profesionales y cívicos de nuestra Institución y que en el servicio siempre se mantuvo por encima de los círculos y antagonismos que dividieron a nuestros altos jefes. Los Almirantes Neff y Gómez Carreño me enviaron comunicaciones semejantes y recuerdo especialmente la del malogrado Almirante Gómez Carreño, que en ese pintoresco lenguaje náutico que lo caracterizó me decía textualmente: «Debe elegir muy buenos sondadores que le avisen oportunamente los bajos fondos y escollos de las aguas que cruce, porque la nave del Estado navega por parajes difíciles que pueden llevarla a un naufragio».

Cumpliendo instrucciones del Gobierno se hizo un estudio sobre la reducción del Escalafón de Jefes y Oficiales por una suma de \$ 1.400,000 y se dejaron: 1 Vice-

Almirante, 5 Contralmirantes, 15 Capitanes de Navío, 24 de Fragata y en proporción se rebajaron los demás grados, incluso los oficiales mayores. Se inició el estudio para implantar en el servicio de máquinas la organización de la Marina Inglesa de darles a los suboficiales maquinistas las atribuciones y deberes de jefes de guardia y servicios correspondientes a fin de reducir el Escalafón de Ingenieros subalternos y la adopción de la Escuela Naval Unica para todas las ramas. Todas estas reformas originaban enorme descontento, especialmente entre algunos Ingenieros, que por su cooperación a los elementos militares se consideraban los vencedores de la última situación que provocó la salida de los Almirantes y solicitaron el amparo de su caudillo el Coronel Ibáñez y como solo era Ministro de Interior, no pudo detener el retiro de 50 de ellos, que más tarde reintorporó cuando era Presidente y como en Talcahuano, sede de cuanto movimiento indisciplinario y subversivo estallaba en la Armada a causa de su mala organización y que contribuyó a que años más tarde completase el motín de las tripulaciones que liquidaron la Marina, hubiesen reuniones de ingenieros y presentaciones al Coronel Ibáñez, ordené la instrucción de un sumario que eliminó a los más subversivos y me trasladé conjuntamente con el Ministro a dicho puerto a inspeccionarlo y estudiar el origen de esas perturbaciones; modificar la organización del puerto militar y activar el trabajo de las reparaciones de las calderas de los destructores para lo cual se habían destinados \$ 2.000,000 de los fondos de la Ley Reservada para compra de armamentos.

Al regreso a Santiago me pidió el Ministro de Marina, Capitán Frodden, que lo acompañase a saludar al Ministro del Interior, Coronel Ibáñez, con quien había tenido una violenta discusión antes de salir para Talcahuano con motivo del retiro del Ingeniero señor Ignacio Toro y algunos otros y que solicitaban su protección. Antes de entrar el Capitán Frodden me pidió que le hablara al Ministro del Interior sobre el resultado de nuestra visita a Talcahuano en mi carácter de Jefe del servicio; de modo que durante la entrevista permaneció callado y al informarle que los ingenieros estaban tranquilos y los detalles del asunto que originaban el retiro del Señor Toro me replicó: «que era conveniente que se tomasen medidas enérgicas contra los procedimientos indisciplinarios de los ingenieros». Le contesté que el causante de esta situación era él, a quien los ingenieros acudían por la prensa o por cartas cada vez que faltaban a la disciplina y talvez en las versiones que después publicaban se tomaría su nombre. Entonces dirigiéndose al Comandante Frodden le dijo: «Es necesario, Ministro, que adopte en la Marina el procedimiento que he seguido en el Ejército durante los años que he desempeñado el Ministerio de Guerra: todo denuncia; todas actividades destinadas a criticar mis actos o mi persona la castigaba con la eliminación del servicio. Y Ud. vé, a pesar del gran número de retiros, el Ejército no ha perdido su valor como entidad o cuerpo organizado; en la Marina debe proceder en la misma forma». Dada la naturaleza de esta recomendación le contesté con acritud en lugar del Ministro de Marina que guardó silencio: «Ese procedimiento, Ministro, está destinado a despojar a nuestras Instituciones de su moral, previsión, iniciativa y espíritu de cuerpo, y nadie desplegará actividades bajo el temor de que la intriga o la maldad puedan asignarles orientaciones que le hagan perder su carrera. Convertirán a la Marina en un grupo de resignados y cumplirán las órdenes de cualquier naturaleza». Posteriormente, muchas de las determinaciones del Ministro Frodden, destinadas a eliminar jefes y oficiales, posiblemente partieron de esas recomendaciones y también contribuirían a que no apareciesen en la oficialidad algunos años después frente a las tripulaciones amotinadas esas altas cualidades morales y varoniles que siempre la distinguieron.

Con ese afán de modernizar y reconstruir que invadía al servicio se nombró al Ingeniero de Fragata don Ignacio Toro, Inspector General de Máquinas en lugar del señor Cubillos que se enviaría a Europa a los buques en construcción. El señor Toro era el primer ingeniero educado en la Escuela de Ingenieros de la

Armada que llegaba a ese puesto, y por su preparación y prestigio en su ramo se consideraba el más apto para la situación del momento. Desgraciadamente se demostró débil de carácter al dejarse influenciar por sus compañeros y algunos mal intencionados interesados en hacerlo fracasar, y enviar una nota indisciplinaria de protesta a la Dirección General por la resolución del Gobierno de reducir la planta de ingenieros. Y por darle publicidad por la prensa antes de que la superioridad naval la conociese y los comentarios que originó, fué retirado del servicio. Según me comunicó el Coronel Ibáñez, una copia de esa misma nota le envió y estimó que era justificada su eliminación del servicio. Fué muy sensible que el Ministro Frodden, para la eliminación o reducción del Escalafón recurriese a informaciones de la camarilla que le rodeaba y a sus propios parientes y que en algunas ocasiones sus resoluciones se originasen de esta fuente, a menudo fruto de chismes e intrigas y enviaban los decretos firmados hasta por S. E. antes que la Dirección lo conociese. En todo ésto se veía como decaía y degeneraba nuestra estabilidad, especialmente en la oficialidad, y se inició así ese odioso procedimiento, verdadera gangrena de una Institución que por la intriga y el chisme eliminaría a los mejores jefes y oficiales del servicio. Y más tarde se organizaría esa grotesca Comisión Calificadora, copiada del Ejército Imperial Alemán y que la oficialidad apodaría «La checa», en donde se quebrantaba la conciencia de los altos jefes al eliminar personal por insinuaciones del mismo Ministro.

El primer decreto del nuevo Ministro fué modificar la organización del Consejo Naval, incorporando con voz y voto a los jefes del personal de Ingenieros y Cirujanos, o sea, los Directores de Máquinas y Sanidad; esta organización que duró 90 días, hacía la impresión de un animalito de cabeza gigantesca y cuerpo microscópico, fué el fugaz premio de la adhesión de los oficiales mayores de la Armada al militarismo y en compensación tres meses después éste los eliminó de toda intervención ejecutiva en la alta dirección del servicio al darle la organización que tenía el Ejército en esa época: compuesta de un Ministro omnipotente, una Inspección General decorativa y las correspondientes direcciones de los servicios generales; y la supresión de la Dirección de Máquinas y Sanidad, todos con asiento en Santiago, alejados de la Escuadra y organismos a flote: desgraciada separación cuyas consecuencias se apreciaron en el motín de las tripulaciones y la actitud de los altos jefes residentes en Santiago que se constituyeron en árbitros supremos de esos desgraciados acontecimientos y daban la impresión de que se consideraban ajenos a ellos, sin recordar que eran las raíces del mismo árbol que daban esos amargos frutos abordo destinados a marcar el fin de tantos sacrificios y desvelos efectuados por la nación en su mantenimiento.

Al escribir estas líneas me recuerda la visita oficial que me hizo el Agregado Naval argentino al instalarme con la Inspección General en Santiago: al comentar la nueva organización de nuestra Armada me contaba que ellos habían pasado por crisis semejantes en un período que tenían su Escuadra desarmada y creía que en condiciones diferentes habrían repercutido estas modificaciones en las tripulaciones, con consecuencias desastrosas.

Una semana después de hacerse cargo de su puesto el Ministro de Marina reunió en su despacho en Santiago al Consejo Naval con su nueva organización y flamante personal y declaró que aprovechaba la oportunidad para establecer que había tomado el Ministerio por las exigencias del momento y que esperaba entregarlo en unos 4 meses más al Almirante Merino, por ser el Jefe más antiguo y establecer el servicio dentro del concepto de la jerarquía naval. Esta declaración trajo un sentimiento de tranquilidad a los jefes y Marina en general, que tenían la actuación de un Capitán de Fragata en su papel de Ministro, sirviendo de instrumento a las ambiciones y odios propias de los desbordes de toda colectividad escalonada.

En esos días llegaron a la Dirección General las propuestas de las casas constructoras sobre los 6 destructores. Se presentaban 18 y las había estudiado du-

rante 4 meses la Comisión Naval en Londres con la cooperación de un Técnico de Construcciones Navales del Almirantazgo Inglés que se le autorizó que contratase. Este estudio no venía definido, la Comisión Naval en su largo informe se limitaba a exponer las ventajas e inconvenientes de cada propuesta sin decidir nada y además separaba las construcciones de los cascos del armamento. Se originó un enorme trabajo para la Dirección asesorado por el Estado y la Inspección General de Máquinas, servida en esa época por uno de los Ingenieros más preparado y experimentado de nuestro servicio, el Ingeniero Contralmirante don Desiderio Cubillo y que después de la construcción de los destructores y sus eficientes servicios, el Ministro Frodden eliminó del servicio, como antes trató de hacerlo al designar al señor Toro en los primeros días de su ascensión a Ministro y que el infrascrito se opuso.

Se fueron eliminando las diversas propuestas hasta dejarlas reducidas a las firmas Thornycroft y Yarrow, casas especialistas en la construcción de estas clases de buques y ambas presentaron modelos que satisfacían ampliamente nuestras especificaciones que las había proporcionado el Almirantazgo Inglés: el primero suministraba un casco sólido, grandes cualidades evolutivas y otras ventajas; el segundo era el constructor de las calderas que exigíamos y con un casco más pequeño, tendría una o dos millas más de velocidad. Igual cosa ocurría con las turbinas: ambas poseían ventajas y desventajas que subsanadas por ambas casas se alcanzaría un buque ideal. Los constructores enviaron al país sus ingenieros y aceptaron muchas innovaciones que solicitamos y sin levantar los precios y en formas hábil se les condujo a una competencia de ellos con grandes beneficios para nosotros. Y no hay duda que si la Comisión Naval se hubiese informado sobre el estado financiero y capacidad de trabajo de estas firmas en las localidades en que residían, mucho más habríamos conseguido. Más tarde supimos en Southampton que era la primera vez que Thornycroft recibía una orden tan grande de construir simultáneamente 6 buques para un país extranjero y que después de la guerra había decaído y su situación era modesta y sólo construía pequeños remolcadores y que la construcción de nuestros destructores fué una lluvia de oro para la región. Ordené al Estado Mayor que confeccionase gráficos comparativos sobre las ventajas de las características presentadas por los modelos de ambas firmas y se llevaron al Consejo Naval, que presidido por el Ministro de Marina estudió ambas propuestas y por votación secreta aceptó por unanimidad la presentada por la firma Thornycroft y quedó pendiente la aprobación del armamento que también estaba en estudio entre las firma inglesa de Vicker y la de Bofor, perteneciente a la Casa Krupp y ubicada en Suecia y ofrecía los últimos modelos alemanes empleados en la guerra, especialmente el modelo antiaéreo era muy superior por su mecanismo y cualidades balísticas a los más recientes que ofrecía Vicker como modelo del Almirantazgo Inglés. Tanto el personal técnico de Artillería en Chile como los de la Comisión Naval en Londres eran favorables al modelo sueco; además se hizo una competencia entre los precios de ambas firmas y como la firma sueca trataba con fines políticos colocar esta artillería en nuestro país, se obtuvo la rebaja fantástica de 10,000 libras esterlinas por buque a la que siguió la firma inglesa de Vicker.

Meses después, en Inglaterra, supe que la firma inglesa para seguir la competencia de precios de los alemanes-suecos, redujo de las propuestas la provisión de las municiones y pólvoras que exigían las especificaciones y eran cuatro dotaciones de municiones de combate y cuatro medias de ejercicio por cada buque y ellos entregaron una dotación de combate y una de ejercicio por cada buque correspondiente a un cañón de los cuatro que tenían cada buque y esto se hizo de acuerdo con el Jefe de la Comisión Naval, sin la autorización de la Dirección General ni del Ministerio: una mistificación tan burda no era aceptable para el técnico de ninguna marina del mundo y al comprar un buque no se le iba a aceptar sin sus municiones o con la necesaria para un cañón de su armamento, como una especie de muestra.

Durante las gestiones relacionadas con las propuestas de la Artillería de estos

buques, el Jefe de la Comisión Naval informó a la Dirección General de la Armada que en una conferencia con el Almirantazgo Inglés le habían manifestado que no le darían ninguna importancia a nuestra resolución de comprar el armamento a Bofor o en otra firma del continente, que ellos mismos en muchas ocasiones ponían las órdenes fuera de Inglaterra cuando eran más ventajosas para sus intereses; esto unido a los informes de la mejor calidad y menor precio del armamento de Bofor me indujo a ordenarle por cable, colocado en un día Viernes en la tarde, que comunicase a Bofor que se le aceptaban las propuestas de artillería y municiones y lo comuniqué al Ministro de Marina, quien de acuerdo con esta resolución se la comunicó al Ministro de Suecia en Chile que se interesaba y gestionaba esta operación por consideraciones de carácter político. Desgraciadamente, el Jefe de la Comisión Naval no dió cumplimiento a esta orden con la prontitud reglamentaria y dejó pasar 3 días, hasta el Lunes y al preguntársele si se había cumplido, respondió negativamente y dió tiempo que los interesados por las firmas inglesas, incluso el Ministro inglés en Chile y los asesores técnicos ingleses a nuestro servicio, efectuasen una vigorosa campaña para anularla. El Agregado Naval de la Legación de Inglaterra, Capitán Salmon, se presentó a mi casa-habitación con un cablegrama del Almirantazgo Inglés para su Ministro, que desautorizaba las declaraciones que les atribuía el Jefe de nuestra Comisión Naval y que, por el contrario, consideraba la compra del armamento de los destructores fuera de Inglaterra como una evolución a la política que siempre siguió Chile en sus relaciones con la Marina Inglesa y aun consideraban que estaba demás la Comisión de Asesores ingleses que prestaban su servicio en nuestra Marina por serles desconocido el pequeño armamento de estos buquecitos y por último nos recordaban que habían oficiales chilenos estudiando en Inglaterra en su Escuela de Comunicaciones. Gestiones semejantes efectuadas por el Ministro inglés en las esferas del gobierno y la resonancia de carácter político que tomaría esta divergencia de que se aprovecharían los elementos desplazados de nuestro servicio para envenenar más el ambiente nos obligó de acuerdo con la resolución del Consejo Naval, a anular esta orden y aceptar la propuesta de la firma inglesa Vicker.

Algún tiempo después, en la fiesta de la recepción de la Presidencia por el Coronel Ibáñez, me habló el Ministro de Relaciones que el Ministro inglés había acudido a sus despacho a decirle que tenía noticias de Inglaterra con la versión de que la compra a la firma de Vicker del armamento de los destructores había sido un escándalo y que lo había tratado duramente por la serie de gestiones e intromisiones que había desarrollado y que había modificado una resolución de la Dirección General de la Armada sobre este asunto, a fin de favorecer a los constructores ingleses y aun traía motivos para nuevos desagradados. Fué sensible que el Canciller en su vehemencia no exigiese explicaciones que aclarasen la naturaleza de esos procedimientos escandalosos y que quedaron en el misterio a pesar de que en esa época impuse al Ministro de Marina, Comandante Frodden, sobre esa conversación para que procediese y posteriormente al retirarme del servicio le renové su falta de interés por esclarecer los orígenes de la aceptación por el Jefe de la Comisión Naval de la propuesta de artillería de los destructores sin sus municiones y que fué necesario comprársela aparte a esta misma firma con un costo extra de \$ 2.000.000 de nuestra moneda.

Mientras la Armada ocupaba su tiempo en estas actividades netamente profesionales, se verificaba en Santiago el retiro por enfermo del Presidente Figueroa, su reemplazo por el Ministro de Interior Coronel Ibáñez; primero como Vice-Presidente y después por el retiro definitivo del Presidente, se efectuaban las elecciones que le entregaban el poder.

Estos tres meses que desempeñé la Dirección General de la Armada y que fueron la agonía de este organismo que mantuvo el prestigio, la disciplina y la organización del servicio durante tantos años se caracterizó por el siguiente procedimiento metódico: cada ocho o quince días aparecía en Valparaíso el Ministro Frodden con alguna

orden destinada a eliminar algún jefe distinguido por no contar con la confianza del Gobierno o con alguna modificación de algún servicio importante para colocar algún adepto; es, decir, un procedimiento semejante al que emplearía el Gobierno civil que reemplazó al de Ibáñez para distribuir los puestos públicos entre los llamados «los perseguidos de la dictadura», y estaban destinados a ir minando lentamente el gran edificio naval.

Placaba el Ministro en Santiago con el Asesor Técnico inglés más antiguo, que en su país era un simple Capitán de Fragata, <sup>después de haber</sup> que efectuado un modesto y superficial curso de Estado Mayor había aceptado venir a Chile y no poseía ningún conocimiento de alta administración naval: la supresión de la Dirección General y el Consejo Naval y que el oficial inglés era ardiente partidario desde la época del Almirante Scroeder, a quien detestaba por diferencias raciales, y este alto jefe no le permitió su incorporación en los servicios directivos en forma ejecutiva y lo mantuvo en su verdadero rol.

Muchas discusiones, a veces violentas, mantuve con el Ministro Frodden, por los procedimientos que se seguían, la reorganización infundada del servicio y el traslado del total de las oficinas de la Armada a Santiago, que la resistí hasta la caída del Presidente Figueroa; pero es justo reconocer que el Ministro por su grado subalterno y falta de personalidad, era impotente también para resistir esta avalancha que modificaría completamente hasta su cimiento no solamente nuestro servicio sino la estructura total de los servicios públicos del país. Y la medida culminó con una de las últimas visitas del Ministro a Valparaíso, que me trajo un borrador escrito de puño y letra por un General, creo que el Inspector General del Ejército, con la nueva organización de la Armada, copiada de la militar y que el propio Ministro aceptaba, a pesar de que no le tomaron en consideración la confeccionada por él junto con el Asesor inglés. A pesar de mi espíritu conciliador consideré esta resolución en que no se consultó a los jefes de Marina como el golpe final y la última etapa del calvario que significó para mi vida profesional los tres meses de Director General de la Institución en disolución.

La amargura de esos días la comparo con la de años después por la sublevación de las tripulaciones y el espectáculo del Consejo de Guerra que juzgó a los oficiales de la Escuadra en donde se presentaba el triste cuadro de una Institución cuya oficialidad había perdido la adhesión a sus superiores y una escasez de moral profesional y sinceridad que reflejaba la de los suboficiales y marineros que traicionaron a sus oficiales. Y al oír las expresiones y ataques enconados que se hacían los oficiales entre sí y contra sus jefes, me hacía la impresión de que me encontraba frente a un servicio que nunca había conocido, a pesar de no haber transcurrido 3 años de mi retiro.

Junto con la destrucción de los servicios de la Armada y el traslado de su Dirección a Santiago, inició su expediente de retiro el Contralmirante don Carlos Jouanne con quien había seguido las últimas torturas y la agonía de nuestra Institución. Se retiró por no estar de acuerdo con las nuevas orientaciones de la Marina y los procedimientos del nuevo Gobierno para con ella. Se fué sin odio ni rencores, sin pronunciar una palabra de queja contra nadie, menos contra la Institución que idolatraba y había dedicado su vida e ideales, a pesar de poseer independencia de fortuna que le permitía dedicarse a actividades menos sacrificadas. En la hermosa carta en que se despedía y me expresaba sus sentimientos se reflejaba el gentil hombre, caballeroso y culto que hacía honor a la Marina de esa época por su alta moral, unida a una buena preparación profesional y de hombre de mar.

Otro de los espectadores interesantes de los últimos días de la antigua Dirección General de la Armada es el Auditor General, don Alejandro Flores, distinguido e inteligente abogado, hijo de sus obras, y de su alta capacidad intelectual: muy joven fué nombrado por el Almirante Montt, que conocía a los hombres, Director de Comisaría de la Armada y alternó en el Consejo Naval con los viejos Almirantes Castillo, Simpson, Gofí, Pérez Gacitúa, Artigas, etc., esos hombres superiores de alto prestigio profesional y social que dieron la edad de oro a la Armada Nacional. Desde que el Comandante Frodden tomó el Ministerio le recomendaba al señor Flores, ahora Audi-

tor General, para las consultas legales y a pesar de la desconfianza que en su mentalidad de jefe subalterno le inspiraba este funcionario por sus actuaciones con los Almirantes del pasado, lo fué estimando y empleándolo más seguido, de modo que al adoptar la nueva organización de la Armada de base militar me acompañó a Santiago para discutir su adaptación legal al servicio administrativo y a pesar de la crítica violenta que le hice se aprobó con pequeñas modificaciones de conceptos y redacción, a pesar de lo absurdo de esta organización y que ninguno de los tres podía rechazar en una época de imposiciones, y desde ese día impulsé febrilmente la nueva organización y al ser designado Inspector General de la Armada se dió término a esta triste época que no deseo a mi más encarnizado enemigo en que se luchó, trabajó y se derramaron lágrimas de sangre por detener la decadencia y disolución de un servicio que encerraba los ideales de toda una existencia y que acontecimientos posteriores, años después lo liquidarían, confirmando las angustias de esos días.

Y como un desagravio para la Armada se organizó el Ministerio de Defensa Nacional que refundía ambos servicios, Guerra y Marina y se designaba para el puesto de Ministro al Comandante Frodden y de efímera vida y caería poco después por intrigas del elemento militar y obligó a volver a la antigua organización y separarlos.

## CAPITULO VII

### **Desde la Vice-Presidencia del Coronel Ibáñez hasta mi retiro del servicio**

Al asumir el Coronel Ibáñez la Vice-Presidencia de la República se orientaron sus actividades a terminar francamente con la organización de la Armada, quitarle su autonomía, suprimir la Dirección General y Consejo Naval y trasladar los servicios superiores a Santiago y crear en Valparaíso un Apostadero Naval.

Simultáneamente ordenó el retiro de algunos jefes que consideraba adversarios a su política y que obedecían más bien a suspicacias e intrigas, porque dentro de la gran desconfianza que animaba al personal superior no cambian esas actividades por existir en el ánimo de todos una profunda desorientación.

La última ceremonia oficial a que asistí en mi carácter de Director General fué la apertura del Congreso del 21 de Mayo de 1927 y como una deferencia a la Armada el Vice-Presidente, después de visitar con su Ministerio a la viuda del héroe de Iquique, nos dedicó ese día almorzando con los altos jefes de la Marina y el Capitán Frodden, Ministro del ramo, en el Club de La Unión y en la tarde asistía a un gran banquete de 200 cubiertos que ofreció la Armada al Ejército con asistencia de los Ministros, altos funcionarios de la Administración Pública y el personal de la guarnición de Santiago desde el grado de capitán. Era una manifestación de franco acercamiento al elemento militar que la juventud de la Marina acogía con entusiasmo sin alcanzar a comprender la forma dura y cruel con que se había tratado a su Institución y que palparían en su propia carne en el porvenir.

Al día siguiente se efectuaron las elecciones presidenciales que entregaron el poder al Coronel Ibáñez y el 24 de Mayo terminaba la Dirección General de la Armada sus funciones en Valparaíso y se trasladaban a Santiago en el carácter de Inspección General, semejante a la antigua organización del Ejército, sin funciones administrativas ni ejecutivas y con un papel exclusivo de inspección de los servicios que no cuadraban dentro de un organismo naval.

En los primeros días de Junio se efectuó la recepción del mando por el Coronel Ibáñez, seguida de una fiesta en la Moneda y con un sentimiento de filosofía recordaré la siguiente anécdota: En uno de los salones de la Moneda me encontré con el Ministro de Marina que me llevó a saludar al Presidente y después de algunos momentos de charla le dijo a su Ministro: «Bueno, Frodden, ya estamos en el poder y será por 6 años; cuento con su cooperación». El destino reservaba otra cosa y 4 años des-

pués ambos eran lanzados violentamente de ese poder conquistado a costa de tantos procedimientos y sacrificando el porvenir de tantos ciudadanos, incluso a sus compañeros de profesión.

De acuerdo con el Ministro se agregaron los 6 Asesores ingleses a la Inspección General para la confección de la nueva reglamentación que exigían los servicios de la Armada y se bosquejaron los nuevos reglamentos de calificación de oficiales, servicios administrativos y planes de renovación del material y de compras de armamento, y muy pronto con verdadera sorpresa observé después de trascurridos los meses de Junio y Julio que se nos hacía la neumática, y nuestro trabajo no lo tomaba en consideración el Ministerio en donde el Subsecretario de Marina se había tomado las atribuciones de confeccionar y dirigir la nueva reglamentación con la intención de anular la intervención de los jefes de mayor rango en las nuevas orientaciones que se le daban a la Institución; y como los fracasos posteriores son evidentes y las responsabilidades correspondientes y están localizadas en estos funcionarios, deben ser objeto de las sanciones a que se hicieran acreedores. Siendo Director General designé a este Jefe para dicho puesto por sus antecedentes y condiciones de carácter y de buen tino y en una ocasión le dí al Presidente su nombre para Ministro en lugar del Capitán Frodden, pero, desgraciadamente no correspondió a estas calificaciones y quedará en la historia de este episodio de la Marina como el confidente malévolo del Ministro Frodden; el inspirador de sus instintos ambiciosos, origen de grandes errores y fracasos y entre las tripulaciones como uno de los causantes del naufragio del «Abtao», por órdenes arbitrarias que dió, y condujeron este buque al abismo con toda su tripulación. En los reglamentos que confeccionaba para los servicios siempre dominaba el espíritu socialista de quitarle sus atribuciones a los altos jefes y tras la pantalla que se confeccionaba de acuerdo con los asesores ingleses y la reglamentación de esa Armada, se establecieron errores y desaciertos. Este jefe acompañó al Comandante Frodden todo el tiempo que desempeñó el Ministerio de Marina y por la postrimería de la Administración Ibáñez, que tomó el Ministerio del Interior el Subsecretario, fué enviado a la Legación del Japón.

En los primeros días de Agosto una orden ministerial reiteró que los jefes y oficiales que prestaban sus servicios en Santiago debían radicarse en dicha localidad con sus familias y como mi misión en la Armada la consideraba terminada se la comuniqué al Ministro con mi determinación de retirarme a fines del año y de no trasladar mi familia por tan corto tiempo y ahorrarle al Estado el gasto correspondiente. En esos días existía una profunda agitación en la Armada contra el Ministro y se hablaba de su cambio: la oficialidad estaba indignada con el sistema de intrigas y espionaje existentes y que llevaban directamente al Presidente mismo las versiones más absurdas por algunos oficiales inescrupulosos que eran verdaderos soplones dentro de la Institución; por el retiro constante de jefes y oficiales que producía el más profundo malestar por la falta de garantías; por la reincorporación de los retirados por el movimiento subversivo de Talcahuano que se le asignó carácter político y a cuyo jefe se le dió el mando del Apostadero de Valparaíso y era el confidente del Presidente de la República y pasaba por encima del Ministro. En esos días tuve una larga conferencia con el Presidente sobre todos estos asuntos y al solicitarle mi opinión, le expresé mi resolución de abandonar el servicio y que ya no me interesaban los problemas de la Marina, dada la orientación de franca disolución que seguían. Le indiqué como una solución que se recuperase el concepto de jerarquía y que un jefe de mayor rango y experiencia tomase el Ministerio y en caso contrario mantener al Capitán Frodden. Me declaró que reconocía el error de suprimir la Dirección General que debió quedar siempre a mi cargo, como también la influencia de los Subsecretarios jóvenes en los Ministerios había sido una verdadera calamidad que lo había palpado siendo Ministro de Guerra y que se trataría de llevar jefes de mayor experiencia a esos puestos. Y me expresó que estimaba que mi estado de salud me llamaba a un descanso y que sus deseos eran que me fuese al extranjero por un año hasta que la situación se normalizase por considerar mi ascendiente sobre la Marina y mi experiencia indispensable para la futura reorganización del servicio.

Una semana después en la mañana del 3 de Agosto fuí como de costumbre a la oficina del Ministro a pedir órdenes y lo encontré en una reunión con el Subsecretario y los ayudantes y mi llegada le puso término; pero algo grave ocurría por el semblante de los asistentes que era de profunda preocupación. El Ministro me declaró que el Presidente había dispuesto el retiro de otro grupo de jefes y oficiales, incluso el Contralmirante Ward que se encontraba en Europa, por sus opiniones contrarias y no inspiraban confianza y que esta medida era una manifestación de energía a fin de que la Marina recuperase su tranquilidad. Esa misma tarde se presentó a mi oficina el Director del Personal con un decreto supremo que disponía mi traslado al Ministerio de Relaciones y conservando mi puesto de Inspector General de la Armada me nombraba Delegado a la Liga de Las Naciones y debía dirigirme al extranjero.

Con esto se confirmaba la resolución del Presidente de la entrevista de la semana anterior y era el fin de mi actuación en el servicio de la Armada. La serie de acontecimientos que en forma espasmódica azotaban al país desde el movimiento militar del año 24 y que devoraba a los hombres y derrumbaba las más sólidas instituciones públicas al fin me alcanzaba. No me sorprendía ni desmoralizaba, porque desde mucho antes había apreciado mi situación y tenía que llegar a esta conclusión y sólo me dejaba un sedimento de amargura por la ingratitud de los acontecimientos y de los hombres en estas grandes crisis. El atractivo del viaje al extranjero le aceptaba por mi salud tan quebrantada, siempre por carácter fuí refractario a las actuaciones brillantes y decorativas y siempre le tomé a la Marina su lado silencioso y anónimo del estudio y de la preparación profesional, de modo que esta comisión tan codiciada para la mayoría no me alegraba.

Al día siguiente, con más tranquilidad de espíritu y animado de una profunda curiosidad, porque sospechaba que el Ministro ignoraba mi conferencia con el Presidente, me presenté a su oficina a preguntarle sobre el origen y la naturaleza de la comisión que me había comunicado el día anterior el Director del Personal. Me recibió con suma amabilidad y me hizo sentar en su mejor asiento y me dijo que esperaba que en un año más la situación se normalizase y que por el momento la gran influencia que tenía en la Armada y mi prestigio profesional era tomado por los políticos descontentos para esparcir rumores sobre posibles reacciones contra el Gobierno y mezclaban mi nombre y para evitarme malos ratos y considerando que en mi carrera nunca habían sido premiados mis servicios ni reconocidos por las jefaturas anteriores, había conseguido con el Presidente para que, conservando mi puesto de Inspector General, fuese enviado en comisión como Delegado a la Liga de las Naciones, y también como Asesor Técnico al Congreso Americano de La Habana, que se reuniría en 5 meses más. Que dado el estado de reorganización de los servicios de la Armada era más útil para la Institución en las comisiones que me había designado por mi intervención en los trabajos de limitación de armamentos desde el Congreso Americano de Santiago, como miembro de la Comisión Técnica y después en el Estado Mayor que me correspondió confeccionar las instrucciones para los técnicos que actuaban en Ginebra y conocía profundamente el tema. Sólo hacía 7 meses que el Comandante Frodden actuaba en las esferas del Gobierno y creo que aun conservaba las altas cualidades morales y de sinceridad que los distinguieron como oficial de Marina y aun no poseía la atmósfera de hombre cruel, inescrupuloso y violento con que lo repudiaba la opinión pública a la caída de la administración de Ibáñez. Pocos meses después de mi salida del país nombró a otro Jefe para Inspector General de la Armada, lo que estimé justo; pues no era lógico que en el extranjero conservase este puesto sin su desempeño efectivo y lo menciono para aclarar la versión de que durante mi comisión al extranjero ganaba una renta fantástica y en realidad se limitaba a mi sueldo, sin ninguna gratificación especial.

El Ministro de Marina me ofreció un almuerzo de despedida en su casa-habitación en compañía de mi esposa y asistió también el Subsecretario con su señora y al despedirme para tomar el vapor al día siguiente me manifestó que se preocuparía especialmente de obtener mi ascenso a Vicealmirante y que me fuese tranquilo.

Me embarqué en Valparaíso el 3 de Septiembre en el vapor «Oropesa» y a mi paso por La Habana, en compañía del Cónsul General de Chile, por estar el Ministro ausente, visité al Ministro de Relaciones de ese país por cumplir una comisión de nuestro Ministerio de Relaciones, relacionada con el programa y fecha definitiva del Congreso Americano que se efectuaría en Enero del próximo año 1928.

Llegando a Europa me trasladé a Ginebra y en compañía de nuestro Ministro en Suiza, señor Jorge Valdés Mendeville, visité la Diga de las Naciones y encontramos solamente al Secretario de ella señor de Madariaga y los empleados de planta, porque fuera de la época de la reunión del Consejo, Asamblea o de la Comisión Preparatoria del Desarme, ningún delegado permanecía en dicha localidad; de modo que mi presencia permanente en dicha ciudad no tenía objeto y como a esto se unía la carestía de la vida por el alto valor de la moneda y la falta de buenos colegios para mis hijos, resolví radicarme en París, en donde permanecí durante mi comisión al extranjero y viví con la decencia correspondiente a mi rango y comisión.

Visité la Comisión Naval de Chile en Londres e informé al Ministro de Marina sobre esta laboriosa repartición tan desacreditada en Chile y considerada como un depósito de los que conseguían comisiones para pascar en Europa: en esa época por los numerosos buques en construcción y la compra de materiales que consultaba la Ley Reservada, existía un enorme trabajo para el escaso personal que contaba. Me impuse también de la opinión de los constructores sobre las reparaciones del «Latorre», cuyo material para reparar las turbinas se encontraban en Talcahuano a mi salida de Chile y se tenía el pensamiento de efectuarlas en el país con poco costo y la economía que hasta entonces había caracterizado nuestro servicio.

En Diciembre fuí nuevamente a Ginebra para asistir a la primera reunión de la Comisión Preparatoria del Desarme, que fué nombrada por el Consejo de La Liga en Diciembre del año 1925, para cambiar ideas previas sobre este delicado problema, especialmente el naval y allanar las dificultades y aspiraciones de los países a fin de llegar a un acuerdo general. Al incorporarme a La Liga el problema se presentaba como sigue: Los países se agrupaban alrededor de las dos tesis que se presentaron el año 1927; la británica, traída por Lord Cecil, que dividía a los buques en numerosas categorías y limitaba en seguida el tonelaje de cada categoría y el método francés presentada por Paul Boncour, que limitaba el tonelaje total global, quedando cada nación libre en repartirla según sus necesidades en las diversas categorías. Alrededor de la primera se unieron Estados Unidos y el Japón, haciendo algunas reservas y al lado francés se juntaron once potencias, incluso Italia y España. En resumen las características comunes y los principios divergentes de ambas tesis eran las siguientes:

1.º Ambos proyectos tenían el carácter de un mero bosquejo de Convención, sin tocar en forma alguna la cuestión de las cifras de limitación en ninguna de las órdenes que en ella se operan;

2.º Ambos estaban destinados a elaborar una convención universal, sin contemplar expresamente la posibilidad de convenios regionales, convenios que en el espíritu de esos proyectos, sólo podían producirse por un acuerdo simultáneo de varios países concurrentes a la Conferencia final para fijar las cifras de sus limitaciones dentro del marco de una convención general;

3.º El proyecto francés más técnico y detallado, contemplaba en forma absoluta la interdependencia de las tres clases de armamentos y comenzaba por establecer la limitación de los efectivos de tierra, de mar y de aire, separadamente y en conjunto por medio de una cifra global a determinar. El proyecto británico no limitaba en ninguna forma los efectivos navales ni los efectivos terrestres y los efectivos aéreos;

4.º El proyecto británico tendía a limitar las reservas instruidas, ejerciendo así una influencia sobre la llamada «potencia de agresión» de un país. El proyecto francés no se refería sino a los efectivos de tiempo de paz. Se creyó ver en el primer proyecto un medio disimulado de atacar el servicio militar obligatorio. Si bien es cierto que el proyecto francés permitía un aumento de reservas por medio de la disminución de la duración del servicio, debía considerarse que con la limitación que preconizaba para

el material y para los presupuestos se tendía también a limitar la «potencia de agresión»;

5.º Con respecto a los armamentos navales, el proyecto francés en su forma inicial sólo limitaba el tonelaje global, con libertad de distribución en cualquier categoría. En el extremo opuesto el proyecto británico preveía una limitación por categoría y por número de buques en cada categoría, sin libertad alguna de distribución y limitando también el calibre de los cañones y de los torpedos;

6.º En armamentos aéreo, el proyecto británico limitaba el número de aparatos militares, en servicio, en las unidades combatientes de primera línea, noción vaga y de difícil determinación. El proyecto francés limitaba las diferentes clases de aviones y dirigibles y su potencia motriz global;

7.º En cuanto a los gastos de defensa nacional, el proyecto francés los limitaba y el inglés sólo preveía la publicidad; y

8.º El proyecto francés creaba un organismo permanente de control que recogería las informaciones, examinaría las quejas, ejecutaría encuestas en los países en que ellas procedan. El británico se limitaba a interpretar el artículo 11 del Pacto y hacer la aplicación de la Convención sobre la confianza mutua y el respeto a los Tratados; preveía la posibilidad de encuestas, siempre que fuesen consentidas por el país a que se aplicaran y determinaba que un cierto número de potencias, sin constituir un organismo permanente, autorizarían esas medidas.

En los debates que siguieron a la discusión de estos proyectos, la Delegación de Chile sin desarrollar argumentos ya invocados en años anteriores, se limitó a fijar tres conclusiones fundamentales:

1.ª Preconizar el sistema de acuerdos regionales en América Latina, destinados a prevenir una posible carrera armamentista en países que pueden considerarse insuficientemente armados, si se aplica el mismo criterio con que se considera el problema en Europa;

2.ª Subordinar la limitación de los armamentos a la necesidad de la seguridad, que también pueden presentar en ciertos países de América, caracteres diferentes de los que revisten en Europa; y

3.ª Al estimar los armamentos en ciertas regiones americanas, sobre la base de la seguridad, deben considerarse más la situación geográfica y los factores políticos que las circunstancias económicas y demográficas, por tratarse de países en pleno desarrollo e insuficientemente poblados.

Estas declaraciones fueron ampliamente aprobadas por la Comisión y los representantes de Estados Unidos y Argentina, única nación Sud-Americana que asistía a la Conferencia y se manifestó en completo acuerdo.

Como ya lo dijimos, los países se agruparon al rededor de estas dos tesis y no se llegó a ningún acuerdo, ni nivelar los antagonismos, ni divergencias, dejando lo estudiado y discutido para una segunda lectura antes de llevarlo a discusión final.

En vista de este fracaso, el Gobierno Americano invitó a las grandes potencias a una conferencia en Ginebra para extender a toda clase de buques limitaciones análogas al Tratado de Washington y por falta de un acuerdo previo con Francia, ésta rehusó de asistir y lo mismo Italia; de modo que la Conferencia que se llamo Tripartista se limitó a Inglaterra, Estados Unidos y el Japón y se desarrollaron durante los meses de Junio a Agosto del mismo año y no dió lugar a ningún resultado; sólo precisó la definición de cruceros, destructores, submarinos y de buques especiales exentos de limitaciones y la causa principal del desacuerdo anglo-americano eran los cruceros que después en el año 1930 llegaron al acuerdo del Tratado de Londres y es interesante la clasificación que se asignaron las grandes potencias en esa Conferencia de potencias navales oceánicas Inglaterra y Estados Unidos y potencias navales europeas Francia e Italia. Tanto esta Conferencia de Ginebra, llamada Tripartista como las del año 27, de Ginebra y las anteriores de Roma, a pesar de su fracaso fueron preparando el terreno para el Tratado de Lon-

ores de 1930 y será una etapa para la limitación de armamentos militares y navales totales que se proyectan para el año 1932, o talvez para el año 1936 que expira el Tratado de Washington y traerá una revisión total de lo actuado en esa época originado por las nuevas orientaciones de la política de las naciones unida al colosal progreso de las armas aéreas, submarina y guerra química.

A pesar de la somera reseña que he efectuado del problema de la limitación de los armamentos navales, seguiré describiendo la parte que nos tocó en nuestra estadía en el organismo de la Liga de las Naciones que fué muy restringido: al asistir el año 1928, en el mes de Marzo, la mayor parte de los Delegados no eran los mismos del año anterior y en vista del ningún acuerdo que existía sobre lo tratados anteriormente se dejó a un lado la parte técnica de este asunto y se entró al lado político encaminado a estudiar un proyecto de Convención o Pacto de Seguridad y Arbitraje y la misma Comisión resolvió dejar su nombre y funcionar bajo el título de Comité de Seguridad y Arbitraje. Bajo este carácter funcionó durante el año 1928 y después de largo e interesante debate confeccionó tres proyectos de Convención a fin de darles mayor elasticidad y valor internacional y poder adaptarlos a las diversas situaciones y facilitar la adhesión de los Estados. Y con ésto terminó el año 1928 sin ninguna actividad posterior relacionada con este difícil problema del desarme, lo que comprobó la esterilidad de la Liga en esa época que no se atrevía abordar estos asuntos intimamente ligados a la liquidación de la guerra y que los alemanes estimulaban enérgicamente para buscar un escape que le permitiese burlar las exigencias del Tratado de Versalles. Mucho se esperaba de la reunión del Consejo de Septiembre de ese año, pero se entorpeció con la actitud de los americanos de hacer firmar el Pacto de Kellog conjuntamente con la publicación de su colosal programa de construcciones navales que reflejaba la falta de sinceridad de la política yankee, unido al rechazo y descrédito que le hicieron al acuerdo anglo-frances; de modo que el Consejo de la Liga quedó maniatado y sólo formuló una tímida tentativa de gestionar una reunión de la Comisión Preparatoria para fines de Diciembre o Enero del año 29 y después de algunas gestiones se llegó al acuerdo secreto del Consejo que se reunió en Lugano y resolvió gestionar una reunión de la Comisión Preparatoria del Desarme para fines de Marzo del año 1929, después de la elección del Presidente Hoover que se suponía que actuaría con más flexibilidad y tacto político que el Presidente Coolidge.

Cuando me incorporé a la Liga de las Naciones, Chile ocupaba un asiento en el Consejo y lo desempeñaba el Embajador en Italia, don Enrique Villegas, que gozaba de un alto prestigio por su espíritu de cooperación a la Liga y sus cualidades personales de cultura y diplomáticas. Durante mi estadía en la Sociedad, como ya lo dije, se estudió en la Comisión Preparatoria los problemas de carácter político relacionados con los Pactos de Protección y Seguridad en los cuales tomaban parte activa las grandes potencias y eran casi de carácter europeo y se distinguían los alemanes y los rusos: los primeros siempre doctrinados hacia la revisión del Tratado de Versalles que los aprisiona y esclaviza en una forma impropia del progreso de la humanidad y los rusos con fines de propaganda comunista donde los derechos del proletariado y la destrucción del capitalismo lo establecían para su plataforma política y fines especulativos y demoleedores. Los países latino-americanos eran espectadores y tenían un gran prestigio e importancia cuando actuaban como amortiguadores en las discusiones agudas que a veces separaban a las grandes potencias. En medio de la esterilidad de la Liga en el problema del desarme era útil en otro orden, especialmente al poner en contacto a los directores de la política internacional de los grandes países y solucionar rápidamente asuntos que por las Cancillerías tomaban grandes desarrollos y para los países americanos con fines de propaganda internacional de darlos a conocer y demostrar a los estadistas europeos que en nuestro Continente existen también hombres de alta preparación y capacidad intelectual y que alcanzaban fama internacional y a este respecto Chile gozaba de alto prestigio y era conveniente nuestra permanencia en la Liga mientras perteneciésemos al Consejo.

Aun estaba fresco el fracaso de la Conferencia Tripartista de que antes hablamos y dejó la impresión de que cada vez se desinteresaban más las grandes potencias marítimas del buque capital que estaba limitado desde el Tratado de Washington y que al papel simbólico que desarrolló durante la guerra se acrecentaba su vulnerabilidad con los progresos de la aviación y armas submarinas, unido a su precio cada vez mayor y a su mantenimiento en tiempo de paz que desequilibraba los presupuestos de todos los países, y para el caso especial de nuestro problema pendiente relacionado con las reparaciones del «Latorre» lo anterior tenía gran importancia, y escribí una carta al Presidente Ibáñez y al Ministro, exponiéndoles las dos alternativas que se ofrecían para la solución del problema y eran:

- a) Reparar el buque; y
- b) Modernizarlo.

La reparación consistía en cambiarle algunas piezas a las turbinas, que por los años de servicio debían reemplazarse, material bastante costoso, adquirido con anterioridad en la casa constructora y que se encontraba en Talcahuano. Instalación de turbinas de crucero que mejoraría el radio de acción al andar económico. Suprimir las calderas de proa sin afectar el poder de máquinas del buque, ya que las calderas restantes al quemar solo petróleo desarrollarían mayor potencia. Suprimir igualmente otros pesos de proa a fin de subsanar el defecto de estabilidad originario desde su construcción para el gobierno inglés. Reemplazar el servo-motor por electrohidráulico. Cambiar la artillería antiaérea y control correspondiente por sistemas y calibres modernos, y recorrida general de todas sus instalaciones, embarcaciones menores, etc.

La modernización del buque era un trabajo de gran entidad: consistía en los mismos anteriores y además modificaciones en su estructura que exigía el envío del buque a un astillero europeo, a fin de colocarle un doble casco destinado a defenderse contra explosiones submarinas; el cambio total de las turbinas por un modelo más poderoso y más moderno, a lo que se resistían los constructores por considerar que bastaba mejorar los mismos y preguntaban a qué obedecía esta modificación en vista del sistema relativamente moderno de las existentes que habían dado un buen resultado en el buque gemelo antiguo «Cochrane» y ahora en el servicio inglés como buque porta-avión. Lo atribuía a un espíritu de imitación o a una incomprensión y creían una falta de preparación de nuestros técnicos por estar esas turbinas parchadas en sus juntas, desde la época del servicio inglés y que no afectaban su estado ni funcionamiento. La modernización del «Latorre», costaba un millón y medio de libras esterlinas, efectuadas en astilleros particulares, fuera de los gastos de viaje a Europa, pago de tripulaciones, carbón, consumo y pérdida del material ya adquirido.

Dada la importancia secundaria de este tipo de buque para las guerras del futuro, el enorme gasto de estas reparaciones que no se compensaban dentro del criterio profesional, recomendaba ir solo a reparaciones del buque para los fines de instrucción y conservación del material, y las exigían su estado en esa época que lo llevaban a inutilizarlo y quedar sin ningún valor militar.

Las comunicaciones que envié al Presidente y Ministro de Marina, exponiéndole lo anterior, no fueron contestadas, como ocurría con la mayoría de las cartas de carácter profesional que enviaba al Ministro de Marina y después me informaron sus allegados que este funcionario las recibía con disgustos y veían en ellas pautas a su alta actuación profesional, y se consideraba tanto él como su fiel Subsecretario con mayor experiencia y conocimiento que un Almirante que había recorrido todos los puestos técnicos y profesionales del servicio en más de 30 años años de labor y ellos en 8 meses de respirar el ambiente de las salas ministeriales se convertían en superhombres y ahora que se encuentran fuera de ese ambiente sería curioso preguntarles si aun se consideran con la alta preparación de esos días de grandezas y delirios?

Mas tarde, retirado del servicio, supe de boca del Presidente Ibáñez las ges-

ciones que mediaron para enviar el buque al extranjero y se manifestaba desagradado, especialmente por las sanciones aplicadas a uno de los Contralmirantes, señor Enrique Costa Pellé, que el Ministro con ese carácter atropellador de la época lo llamaba a calificar servicios sin contemplar el alcance de estos procedimientos que desquiciaban la disciplina de la Armada con la consecuencia que el porvenir demostraría. El Ministro Frodden no estudió con los altos jefes de la Armada cuál de las dos alternativas convenía para la defensa del país; personalmente resolvió modernizarlo de acuerdo con los Asesores ingleses y técnicos extranjeros que se interesaban por dichos trabajos, pero ese procedimiento se adoptó sin estudiar antes las exigencias internacionales que presentaba el problema; después medió el Ministro inglés que ofrecía los servicios de Almirantazgo Inglés y eliminó la Comisión Naval en Londres, y esta última oferta obedecía, según *El Times* de Londres, a evitar la desocupación de 4,000 operarios de los astilleros ingleses que quedarían cesantes por la reducción que exigía el Gabinete Laborista de Mac Donald, del Item correspondiente a Astilleros al Almirantazgo. En una de las sesiones de la Cámara de los Comunes, el Primer Lord del Almirantazgo declaró que la exigencia del Gobierno significaba dejar cesantes 4,000 obreros de Plymouth y posteriormente, en la misma Cámara, declaró que esa desocupación no se realizaría, porque una de las Repúblicas Sud-Americanas enviaría a reparar unos de sus acorazados; y de ese modo fuimos virtualmente a proteger un problema social del gran coloso británico, aportando \$ 60.000,000 a su solución local, sin que la previsión de estadística de esos hombres que dirigían los destinos del país con la pretensión que antes he anotado, comprendiesen que a muy corto plazo nos invadiría la gran crisis que dejaría 150,000 cesantes en el hambre y la más espantosa miseria; pero debe quedarle la satisfacción a ese funcionario haber recibido la más alta condecoración del Gobierno inglés que lo ennoblecía con el título de «Sir» y en las mismas condiciones que aquel Almirante que sacrificaba las municiones de los destructores a fin de que la firma constructora inglesa pudiese seguir en la competencia de precios de los fabricantes alemanes.

A fines de Diciembre de 1927 recibí, por intermedio del Ministro en París, una comunicación del Ministro de Relaciones con instrucciones de dirigirme a La Habana a incorporarme a la Delegación de Chile que asistiría al Congreso que se iniciaría a mediados de Enero del año 1928. Por la premura del tiempo y el atraso de la comunicación no alcancé a tomar el vapor de la P. S. N. C., que zarpó de La Pallice pocos días antes y efectué el viaje por Nueva York en pleno invierno con los sacrificios y molestias de una estación tan rigurosa. El mismo día de mi llegada a Nueva York tomé un vapor que salía para La Habana con escala en Miami y llegué dos días antes de la apertura del Congreso y del arribo de nuestra Delegación que venía de Valparaíso.

A la inauguración del Congreso asistió el Presidente Coolidge de los Estados Unidos, cuya llegada en un acorazado americano dió lugar a una hermosa fiesta en el escenario maravilloso de esta hermosa ciudad, su preciosa bahía y la opulencia de su edificación. La sesión inaugural se efectuó al día siguiente en uno de los grandes teatros de la localidad y se limitó al discurso de dicho Presidente y la contestación del Presidente de Cuba, General Machado, apesar de que los cubanos procedían como Estado soberano, en muchos detalles se vislumbraba su verdadera situación de Estado de la gran República yankee y la garra de su imperialismo que coartaba muchas orientaciones y nos llevaba hacer votos que nunca el progreso acorte lo suficiente nuestra distancia para que con ellos nos conduzca a una situación semejante.

El Congreso Americano funcionó en el local de la Universidad aun inconclusa, y la forma una serie de magníficos palacetes destinados a cada profesión, ubicada en una colina situada en el centro de la ciudad. A ambos lados de la monumental escala de acceso al establecimiento se colocaron mástiles y el día de la inauguración de las tareas del Congreso cada país izó la bandera nacional a los acordes de su

himno respectivo; fué una hermosa ceremonia realizada a las 10 de la mañana con ese cielo y luz fantástica del día de invierno tropical y cada pabellón era muy aplaudido por el enorme público que asistía, especialmente al izarse la bandera de Nicaragua, que en esos días recrudecían las persecuciones de las tropas americanas que ocupaba el país contra el leader nacional General Sandino.

Este día fué de amargura y de tristeza para nuestra Delegación y para los chilenos en general que se encontraban en La Habana: enconado el ex-Presidente Alessandri por su deportación y algunas declaraciones de prensa del Presidente Ibáñez contra su pasada Administración, envió a todas las Delegaciones que asistían a este torneo internacional y los diarios locales una circular de difamación contra Chile, su gobierno y sus instituciones; la más hermosa pieza de odios y pasiones enconadas que podía producir la magnífica pluma de este inteligentísimo orador y político nacional. Los diarios no se atrevieron a publicarle parte por una deferencia de carácter de cultura internacional y otros más avanzados por presión del Gobierno de Cuba y en cuanto a las Delegaciones nos visitaron como en visita de pésame, compadeciéndonos por estos desbordes que no debían salir de la propia casa por patriotismo y buen sentido y que esas críticas vehementes y apasionadas alcanzaba a la mayoría de los países asistentes que poseían organizaciones administrativa con menos apariencia constitucional que la nuestra, en donde el Presidente fué elegido por votación popular y lo mismo el Congreso de esa época.

En la sesión de apertura del Congreso, nuestro Delegado-Jefe, señor Alejandro Lira, contestó a nombre de las Delegaciones el discurso de bienvenida del Ministro de Relaciones Exteriores; era la antigua costumbre de estas asambleas asignar este papel al representante del último país en que se había reunido el Congreso. El señor Lira en un discurso discreto y atinado cumplió su misión y fué muy aplaudido por la concurrencia y posteriormente por la colonia española muy numerosa en Cuba y que había vivido los acontecimientos de la independencia.

Nuestras instrucciones recomendaba a los Delegados en el sentido de permanecer como meros observadores, siempre que no se tocasen puntos que afectasen vitalmente a nuestros intereses, lo que equivalía, como lo describía picarescamente uno de nuestro delegados, distinguido periodista; «haríamos el papel del perro echado, morderíamos cuando nos pisasen la cola». Nuestra actuación personal fué muy limitada, solo asistí a la Comisión de Comunicaciones, donde algo se bosquejó sobre comunicaciones y rutas aéreas y eran de valor para los países limítrofes a la zona del Canal de Panamá, que los americanos consideraban como zona militar y prohibida.

En resumen, esta VI conferencia Pan-Americana resultó un fracaso: nada práctico ni positivo se alcanzó; particularmente para Chile fué una oportunidad para aproximarse a los peruanos; en su viaje desde el Callao a La Habana las familias de ambas delegaciones simpatizaron y se estimaron y después el tacto y tino diplomático del señor Lira niveló dificultades y preparó el terreno para reanudar las negociaciones sobre Tacna y Arica interrumpidas desde el fracaso del Plebiscito y nos llevó al Tratado que posteriormente solucionó este antiguo y odioso problema internacional.

En los primeros días de Febrero abandoné La Habana para dirigirme a Ginebra a las reuniones de la Comisión Preparatoria del Desarme de los primeros días de Marzo y me llevaba el recuerdo del fracaso político, unido a nuestro fracaso pecuniario por no guardar relación los fondos para los gastos de estadía en esa ciudad la más cara del mundo, que nos dió el Ministerio con la realidad y que nunca se me abonaron por agotarse los fondos que se destinaron para este Congreso.

De regreso a Europa asistí a las Conferencias de la Comisión Preparatoria del Desarme de los meses de Marzo, Septiembre y Noviembre en donde, como se dijo antes, se discutieron los temas políticos relacionados con los Pactos de Seguridad y Arbitraje y se mantuvo pendiente el tema esencialmente técnico de la limitación y reducción del armamento por las agudas suspicacias en que se desarrollaban las relaciones de los países europeos durante ese año.

Entre los acontecimientos de valor histórico ocurrido en la Liga de las Naciones durante el año 1928, mencionaré la incorporación de los rusos y su asistencia a las sesiones de la Comisión Preparatoria del Desarme del mes de Marzo. Formaban una numerosa Delegación presidida por el Comisario-Ministro de Relaciones señor Litvinoff, y asistía también el Comisario-Ministro de Instrucción y Espectáculos Populares; sus asientos quedaron frente a nosotros, separados por una estrecha mesa que nos permitía observar su mecanismo interno. El señor Litvinoff era un personaje rubio, bajo, de anchas espaldas, vestido con un modesto traje de vestón de lanilla azul, usaba anteojos y su aspecto era el de un humilde relojero suizo, se expresaba en inglés correctamente por haber vivido largos años en Londres desempeñando su oficio de sastre de los barrios populares. La entrada de esta Delegación al recinto de sesiones fué sensacional por la curiosidad que despertaba, especialmente el Ministro de Instrucción que parecía el Jefe: era un exponente neto de la raza eslava, de estatura gigantesca, color blanco amarillo, de perilla rubia, con el aspecto de los oficiales de la guardia rusa que figuraban en las revistas ilustradas; su chaquet de corte perfecto estaba adornado en su solapa por una gran bandera roja esmaltada. El señor Litvinoff tomó la palabra y leyó en inglés un proyecto de convención de desarme inmediato, completo y general que abarcaba los armamentos terrestres, navales y aéreos y suprimía hasta las policías y quedaban los ciudadanos autorizados para cargar armas para su defensa personal como en plena Edad Media. Fué una pieza oratoria fantástica: era el desafío de las ideas comunistas a la organización capitalista mundial; pero se vislumbraba el fundamento artificial de este documento, dado el colosal pie de guerra del ejército rojo que días antes lo habían revistado estos mismos personajes en Moscú y el objetivo de tomar esta Asamblea como tribuna para la propaganda comunista mundial. La lectura de este documento tomó toda una tarde y al levantarse la sesión se notaba en el ambiente la desagradable impresión que dejan en la sociedad los desborde de una persona inculta y no hay duda que para los delegados de las grandes potencias les quedaría un sentimiento de irritación o disgusto al oír doctrinas y principios que caían bajo las sanciones de sus Códigos y Tribunales. Al día siguiente en una larga disertación refutó la Convención Rusa el Jefe de la Delegación británica, Lord Cuxodden, experimentado parlamentario inglés de las filas conservadoras, habituado a estos debates accidentados y movidos, de estatura gigantesca, cara parecida a la de Edison, pelo blanco, aspecto venerable y la elegante y correcta presentación del inglés de buena cepa. Con su flema británica y el empleo en los pasajes más culminantes de su discurso del chiste y del buen humor, llevó a la Asamblea a una atmósfera de sana alegría y armonía, de que participaban por las apariencias hasta los mismos rusos; en uno de los pasajes, divertido de su exposición, preguntaba al Jefe de la Delegación rusa si había encontrado en el planeta los super-hombres capaces de mantenerse por 4 o 5 meses a bordo de las embarcaciones de 400 a 500 toneladas que proponía para la policía de los océanos en lugar de las escuadras modernas y el radio de acción y capacidad de víveres y consumos que exigiría ese tipo de embarcaciones ideales destinadas a una misión fuera de los límites humanos.

La proposición rusa fué rechazada con los votos favorables de los alemanes y turcos y cada delegado basó su voto y en esto recuerdo un incidente curioso: a la salida de la sesión del día anterior, el Delegado de Cuba, que era Agregado Militar en París que reemplazaba al Ministro señor Agüero, que aun no regresaba del Congreso de La Habana, me invitó a tomar el The y me consultó si no estimaba conveniente decir algo en contra de la proposición rusa en nuestro carácter de sudamericanos; le contesté que nuestra política e instrucciones era de abstenernos de estas polémicas europeas, a quienes desagradaba que nos mezclásemos en sus divergencias, tal como ellos se desinteresaban de las nuestras; sin embargo, al día siguiente, con un espíritu que no me atrevo a prejuzgar, al fundar su voto hizo un discurso de alabanzas para su país, que sin grandes armamentos había alcanzado su independencia en lucha con-

tra una potencia europea y sólo con el uso del machete y del valor personal y por último que en Cuba no existían problemas sociales ni gérmenes comunistas que exigiesen los principios y doctrinas que proponía la delegación rusa. Estos y la mayoría de la Asamblea se reían durante este singular discurso y 2 meses más tarde estallaron en varios ingenios azucareros de Cuba una serie de revueltas de carácter social con incendios, pillajes y asesinatos y que atribuyeron al oro y mano soviética y posiblemente fué la contestación al desafío del delegado cubano.

Las noticias que llegaban de Chile eran cada día más alarmantes con la desgraciada política de deportaciones y persecuciones desarrollada por el Gobierno que se traducían en una tenaz propaganda de descrédito que hacían los elementos desplazados y que poseían poderosas vinculaciones con la alta banca internacional.

Las noticias relacionadas con la Armada eran escasas; nadie escribía, los altos jefes a quienes me liga antigua amistad no contestaban la correspondencia, se notaba el temor a comprometerse, unido a una falta de valor moral que llevaba a la Institución a la disolución y al desastre al ir perdiendo las cualidades que siempre la distinguieron; para colmo, en esa época ocurrió el naufragio del transporte «Angamos», que revelaba una búrda catástrofe originada por falta de preparación profesional de su improvisado Comandante y gran relajamiento de la disciplina en el hecho de aparecer un bote tripulado con gente de máquina en la playa vecina; lo que demuestra la desorganización, pánico y desorden que reinó a bordo en los últimos momentos de este desgraciado y triste drama. Con la prensa amordazada y la política de terror que seguía el Ministro de Marina en esa época fué lógico que los orígenes y antecedentes de esta catástrofe marítima quedasen en el misterio más absoluto.

Constantemente enviaba de Ginebra comunicaciones al Ministerio de Relaciones sobre mis impresiones personales sobre las reuniones a que asistíamos y mantenía también correspondencia sobre el particular con el Presidente Ibáñez y fueron muy útiles cuando más tarde se trató del retiro de nuestra Delegación de la Liga de las Naciones. El Embajador Villegas hizo un viaje especial a Chile para informar al Gobierno sobre la poca oportunidad de esa resolución y me manifestó personalmente que mis informaciones al Presidente y Ministro habían influenciado grandemente sobre la reconsideración de esa resolución y que le había prestado un gran servicio al país.

Esa comunicación al Presidente y Ministro originada por la noticia de que para el año 1929 debíamos retirarnos de Ginebra por razones de economía, decía lo siguiente:

De acuerdo con la resolución de la Cancillería mucho se ha cavilado para encontrar una fórmula que justifique un retiro honorable y bien fundado de Chile de esa Institución en donde se ha conquistado una atmósfera de seriedad y desinteresada cooperación a los problemas que se desarrollan y por el momento nos podríamos apoyarnos en la ausencia de nuestros vecinos limítrofe y aun Brasil, que no nos permitirían discutir los problemas regionales que se presentaran, especialmente cuando se aborde el tema del desarme; pero debe recordarse que Argentina y Brasil se alejaron por un exceso de susceptibilidad que disimulaba en ambos una tendencia o aspiración de hegemonía Sudamericana que no aceptábamos y aun su resolución dió el campo a Chile que quedó como verdadero representante de Sudamérica, considerado como gran potencia dentro de la familia latino-americana y desgraciadamente se perderá al seguir la política de aquéllos.

Ahora los países Centro-Americanos y Tropicales que quedan en la Liga y que miran a Chile como su leader por considerarlo de más importancia dentro del habla española, sufrirán con su retiro una profunda decepción y los inducirán a seguir la misma política cuando dan gran importancia a su permanencia en Ginebra, como una garantía o defensa contra la penetración comercial e imperialista yankee que es evidente y que nosotros aun no la experimentamos más a fondo por ser la distancia nuestra defensa; pero cuando el progreso la acorte también seremos oprimidos financiera, militar, comercial y moralmente.

Según el Reglamento de la Liga al retirarnos siempre debemos pagar por dos años

más la cuota correspondiente; así por una política de economía no podemos justificar nuestro retiro y tampoco sería correcto al hacerlo suspender su pago por esa moral internacional que siempre hemos respetado y sería ilógico con el ambiente de rectitud de que goza Chile en esta Institución.

Después de otras largas argumentaciones, terminaba esta carta como sigue:

A Chile no le conviene innovar hasta el próximo año, en espera del arreglo de nuestra situación con el Perú y Bolivia, quienes han manifestado intenciones de reincorporarse a la Liga y debe considerarse especialmente que tenemos un asiento en el Consejo y tendríamos más de un calificativo desfavorable al alejarnos en esas condiciones. La decencia y la moral internacional que supimos conquistarnos en los largos años que pertenecemos a la Sociedad de las Naciones nos obliga a seguirla hasta el fin y, cuando ya estemos por algún tiempo fuera del Consejo se nos presentará más de un argumento y no un pretexto para alejarnos con todos los honores y prestigio correspondiente al nombre de Chile.

En Junio del año 1928 recibí una larga carta del Ministro de Marina que describía el alto pie de eficiencia de la Armada, los resultados del tiro efectuado por la Escuadra en presencia de S. E., Ministros de Estado, Cuerpo Diplomático y parlamentarios. La tranquilidad que reinaba en las filas de la Marina, la armonía entre los oficiales de Guerra y Mayores y, por último, la cooperación de los altos jefes que veían garantías y estabilidad en sus puestos y tal vez como una ironía me anunciaba que acababa de dictar una Ley de ascensos y retiro por la cual quedaba a la opinión del Gobierno los requisitos de ascensos para los Contralmirantes de acuerdo con sus servicios, años de mar, preparación técnica y comisiones especiales desempeñadas que fueran de la importancia para llegar a decretar que poseían los requisitos para el grado superior y que mi caso quedaba dentro de esta situación, había obtenido del Gobierno el decreto correspondiente y pronto enviaría al Senado el mensaje de mi ascenso a Vicealmirante. Decía también que, según la nueva Ley de Ascensos, se establecía que todo jefe que cumpliera 35 años de servicios, incluyendo los de la Escuela Naval debía presentar su solicitud de retiro, quedando al criterio del Gobierno o más bien del Ministro, aceptarla o rechazarla y también todo Capitán de Navío al cumplir 2 años en el grado quedaba sometido al mismo mecanismo, pudiendo ser eliminado del servicio si el Ministro de acuerdo con la Comisión Calificadora lo estimaba conveniente. Esta ley aparecía como decreto con fuerza de ley de las atribuciones conferidas por el Congreso al Presidente de la República durante el verano del año anterior y se decretaba 8 meses después con fines de interés absolutamente personal. Al estudiar el Escalafón de la Armada se veía que este mecanismo abría camino al Ministro y Subsecretario que ocupaban puestos contiguos en él y en el transcurso del año ascenderían a Capitanes de Navío y eliminaron a varios Capitanes de Navío y Fragata más antiguos a pesar de su calificación distinguida.

Terminaba su carta el Ministro, insinuándome que con la nueva ley podía iniciar mi expediente de retiro por enfermo y obtendría así un retiro más ventajoso. Esta carta definía por fin mi situación y me confirmaba la versión que hasta ese día dudé sobre la pretensión de este oficial que sin otra experiencia de mar que el mando de un pequeño remolcador de 300 toneladas, navegando en las tranquilas aguas de los Canales de Chiloé se consideraba capacitado para analizar y definir sobre los actos y actuaciones de jefes experimentados en la vida del mar, que actuaron en todas las actividades técnicas y profesionales de la Marina, durante 30 años, con conocimientos de la alta administración naval y eliminaba de una plumada a sus superiores jerárquicos en una época en que ya no existía el pretexto político desde que él mismo aseguraba que la situación de la institución era normal.

Junto con recibir esa carta envié mi renuncia al Ministerio de Relaciones de quien dependía y se lo comuniqué a S. E. el Presidente, quien me contestó por cable que prolongase mi permanencia en Europa y mi comisión del Ministerio de Relaciones hasta que mi presencia no fuese necesaria en Ginebra y agregaba textualmente «que ningún gobierno dejaría de guardar toda clase de consideraciones hasta el término de su

carrera y aun de retiro, a un oficial general de los méritos y condiciones que Ud. reune», y agregaba en seguida: «El Ministro de Marina desea que Ud. continúe en Europa hasta fines del año e inicie después su expediente de retiro. No sé si le habrá expresado este deseo que por mi parte le comunico privadamente y para su exclusivo y personal conocimiento».

Esta resolución del Ministro Frodden que me comunicaba privada y personalmente el Presidente de la República era el reflejo del régimen imperante. El grado de Vicealmirante meta de la carrera naval, era muy codiciado por los inmediatos y dada la falta de estabilidad y garantías de esos tiempos era humano que trataran por todos los procedimientos en alcanzarlo desde que bastaba cualquier intriga o chisme o suspicacia para eliminarlo.

El Ministro mismo no tenía estabilidad en su puesto y fiado en mi experiencia y conocimiento de los hombres, sigo creyendo que era sincero en sus promesas de sucederle que me hiciese en varias ocasiones antes de alejarme del país. A esto debe agregarse que a medida que trascurría el tiempo y el ambiente santiaguino lo iba dominando, adquiría esa versatilidad y falta de escrúpulos y sinceridad que caracteriza en todos los países al político profesional y perdía al mismo tiempo el respeto y consideraciones acumulados durante los años de vida naval para con el antiguo jefe que ahora miraba bajo otro prisma; y sus actos durante los últimos tiempos de Ministro de Marina fueron más políticos que profesionales con las desastrosas consecuencias económicas, disciplinarias y malestar que le trajeron a la Marina y a su persona misma.

Días después recibía un cablegrama del Presidente Ibáñez que decía: Acabo de firmar sus despachos de Vicealmirante. Felicitaciones muy cordiales. Su continuación en Europa está ya acordada con el Ministro. Del Ministro Frodden recibí comunicaciones y felicitaciones semejantes.

A fines del año me trasladé a Southampton al lanzamiento del último destructor, el «Aldea», de la serie en construcción y por ser designada mi esposa como madrina para la ceremonia correspondiente. A mi llegada a Europa la firma constructora me había ofrecido esta atención y bajo el pretexto de mi viaje a La Habana al Congreso Pan Americano le contesté que nos reservase para el último destructor en la creencia de que para esa fecha estaría de regreso al país: de acuerdo con mi opinión de evitar vinculaciones o atenciones de las firmas constructoras que originaban prejuicios y comentarios siempre desfavorables; a lo que se unía que siguiendo la tradición de estas fiestas obsequiaba alguna joya u objeto de arte a la madrina como un recuerdo y aunque la firma de Thornycroft por su modestia no obsequiaba nada de gran valor; con su espíritu de propaganda le daban gran resonancia de prensa y era lo que deseaba evitar.

En este viaje me impuse del verdadero desbarajuste en el apertrechamiento de estos buques, que estaban algunos terminados y no se les consultaba consumo para movilizarlos al país. Cuando le entregué la Dirección General de la Armada al Ministro de Marina, Comandante Frodden, le impuse de la distribución de los 100 millones de pesos de la Ley Reservada; y se destinaba cierta cantidad de dinero para los consumos y abastecimientos de estos buques a fin de que una vez terminados se dirigiesen juntos en convoy o escuadra a Chile a fin de sacar experiencias e instrucción en la preparación de los jefes, oficiales y tripulación en un viaje tan largo que permitiría hacer todas clases de ejercicios; pero ese dinero se gastó sin control, ni método y ahora esperaban una nueva ley o decreto-ley que le daría dinero para apertrecharlos y enviarlos a Chile por pares, sin que primase ningún criterio profesional en esta resolución. Le escribí al Presidente y al Ministro de Marina imponiéndolo de esta situación y ofreciéndome para traerlos todos juntos y embarcarme en uno de ellos como Jefe de la flotilla y le indicaba la navegación que convenía adoptar por la época del año y ejercicios correspondientes y al Ministro le expresaba que lo ocurrido era consecuencia del noviciado para desempeñarse en los altos puestos. No tuve la honra de recibir contestación a estas cartas. El Presidente a mi regreso al país me manifestó que la falta de fondos no había permitido aceptar mi proposición que habría evitado

muchos errores y el Ministro de Marina contestó dando curso a mi solicitud de retiro del servicio pendiente desde 6 meses antes.

En Enero del año 1929 me comunicaron de Ginebra las probabilidades de una reunión de la Comisión Preparatoria del Desarme para el mes de Marzo o Abril y que era conveniente que asistiese, lo que comuniqué al Presidente y Ministro manifestándole que tenía mis pasajes tomados y me interesaba regresar al país y retirarme o darle curso a mi expediente de retiro. El Presidente me contestó, por intermedio del Ministro en Francia, el siguiente cable: «He hablado con el Ministro de Marina sobre sus deseos de retirarse al regresar a Chile. Tengo especial agrado en buscar oportunidad de seguir contando con su valiosa cooperación en la Administración Pública».

Antes de abandonar París fui objeto, conjuntamente con mi familia, de una serie de atenciones de la colonia chilena, incluso nuestro Ministro el señor Arturo Alemparte y familia, cuya actuación diplomática y social era brillante y marcó la etapa de instalar nuestra Legación en una mansión digna del prestigio de nuestro país. Esas manifestaciones de despedida culminaron con un gran banquete ofrecido en el Círculo Inter-Aliados, seguido de un hermoso baile que nos dejó muy buenos recuerdos.

Días después dejábamos París en una hermosa mañana de sol invernal con la ciudad cubierta de nieve y escarchas y el Ministro Alemparte, su distinguida señora y numerosas familias nos daban su último adiós en la estación de Montparnasse. Y como una manifestación de agradecimiento dedicaré algunas líneas al distinguido hogar de nuestro compatriota y antiguo camarada de la Armada, don Jorge Délano Ross y señora, que nos acogió con su generosa hospitalidad e imprimen un sello de distinción, sana alegría y sencillez en sus atenciones para sus amigos y compatriotas y pertenece a esa generación de hombres de rectitud de procedimientos y de interés patriótico que va desapareciendo de nuestro país.

Antes de salir de Francia me comunicaron mis amigos de Chile que el Presidente Ibáñez deseaba que tomase la Intendencia de Valparaíso, ocupada entonces por el Contralmirante en retiro don Emiliano Costa Pellé, apreciado y querido compañero del mismo curso de la Escuela Naval y a quien me ligaba una vieja y sólida amistad. Por lo cual no la acepté a pesar de que a mi paso por Lima se me reiteró dicha oferta. En dicha ciudad fui invitado por nuestro Embajador don Emiliano Figueroa, a un almuerzo en la Embajada conjuntamente con el señor Pablo Ramírez, Ministro de Hacienda, que conservando su puesto se dirigía a Estados Unidos y Europa en comisión oficial. Aun no se firmaba nuestro arreglo con el Perú, pero se notaba el afecto y aprecio con que contaba nuestro Embajador y por los recados verbales que me transmitió para S. E. y el Ministro de Relaciones, se veía que se entraba a su faz final.

En los puertos del Norte de Chile se me comunicó la renuncia del Almirante Costa Pellé de la Intendencia de Valparaíso y se daba mi nombre como sucesor; no hice ninguna gestión por no atraerme ese puesto administrativo y al solicitarlo me comprometía a aceptar todas clases de procedimientos y se perdía la libertad moral que exigen esas funciones.

A mi llegada a Valparaíso me saludaron abordo del vapor las autoridades navales y algunas administrativas que me consideraba el futuro Intendente y el mismo día hablé por teléfono con el Ministro de Marina desde el Apostadero Naval, quién me recomendó que lo esperase en Valparaíso a donde llegaría al día siguiente por la noche y cuando al día subsiguiente llegué a Santiago y me presenté al Presidente y Ministro de Relaciones, publicaba la prensa el nombramiento del señor David Hermosilla para dicho puesto. En todo existía una turbia combinación política en que estaba mezclado el señor Frodden que era compañero de aulas del señor Hermosilla, y me retuvo por 24 horas en Valparaíso, al temer que en mi entrevista con S. E. le cobrase la palabra por su oferta para la Intendencia de Valparaíso y se quebraba la combinación que giraba alrededor de un ex-compañero del señor Frodden, a quien se le daba cabida en una de las Intendencias del Sur del país y no permitía la entrada de otra persona, porque no se podría correr las demás hasta que el Intendente de Linares, que era el señor Hermosilla, llegase a Valparaíso.

En ese mes, Abril de 1929, recibía el decreto supremo que me concedía mi retiro absoluto del servicio, junto con el siguiente oficio del Ministro de Marina:

«Al señor Vicealmirante don José T. Merino.

«Tengo el agrado de acompañar a US. una transcripción del Decreto Supremo N.º 740, de 27 de Marzo último, que concedió a US. el retiro absoluto del servicio de la Armada.

«Es especialmente grato para el Ministro que suscribe, poder constatar los importantes y valiosos servicios prestados por US. a la Armada Nacional por espacio de más de 35 años y en nombre del Supremo Gobierno y de la Marina agradezco a US. el alto espíritu de cooperación y de bien entendido patriotismo que animó a US. en su vida profesional».

Era la lápida y ponía el sello final a las actividades de una existencia dedicada por completo a una profesión sacrificada e ingrata. Posiblemente el Ministro con ánimo ligero firmaría ese oficio, y lo hubiera deseado de una persona de más años, grado y respetabilidad, que era el verdadero desahucio de mi carrera y naturalmente no comprendería la profunda nostalgia que invadía mi ánimo al recorrer en mi mente los hechos más culminantes de mi vida de mar, a medida que recorría las enfáticas líneas de esa comunicación.

A la Armada le había dedicado mis mejores años, mis actividades todas enteras y mi inteligencia al máximo sin considerar la miserable paga durante los largos años de oficial y jefe subalterno: esos miserables pesos no guardaban relación con los gastos por su representación social, la adquisición de uniformes, textos y elementos para completar una preparación profesional insuficiente recibida en la Escuela Naval en un plan de estudios por semestres, sueldo que no alcanzaban a llenar nuestras necesidades especialmente cuando existían obligaciones de familia. Eramos caballeros pobres, como nos clasificaban uno de los viejos ingenieros de la buena pasta que se fueron sin traicionar su profesión ni sus ideales.

Los cortos años de bienestar que siguieron a las agitaciones militares no compensan las miserias de toda una carrera; sin embargo, en ese antiguo ambiente de rectitud y pobreza se vivía tranquilo y contento bajo la estabilidad y garantía que daban las Leyes y Ordenanzas y como no existían ambiciones bastardas se hacía la vida profesional con un sólido espíritu de cuerpo, de amistad, compañerismo y respeto mutuo y los ambiciosos e intrigantes tenían poco campo para desarrollar sus actividades.

Las actuales desgracias de la Armada la llevarán a esos antiguos tiempos y a pesar del pesimismo existente, espero que Dios me dé algunos años más de vida para verla nuevamente respetada y apreciada por aquellos mismos que hoy la atacan y la repudian.